BOLSILIBROS

Selección

TERROR

LA DAMA DE LOS 500 AÑOS

CLARK CARRADOS

Lectulandia

—¡Soy Wendy! —insistió ella. De repente, vaciló y tuvo que sentarse en una silla—. Evan —lloró—, me han robado la juventud.

—Por favor…

—Nunca… debí aceptar aquel contrato Ahora tengo más de ochenta años… Mi juventud, mi vitalidad, mi energía está ahora en el cuerpo de esa maldita mujer…

Payle miró a derecha e izquierda. Vio la mesita con el servicio de licores y caminó unos cuantos pasos.

—Le conviene tomar un poco de coñac, señora.

—¡Evan, insisto en que soy Wendy!

Aquella pobre anciana estaba loca, pensó el joven. Indudablemente, había conocido a Wendy. Pero él sabía que había personas de edad que, pese a determinadas deficiencias mentales, eran astutas e inteligentes en otros aspectos. Seguramente, había venido a sacarle unos dólares.

Llenó la copa. Al volverse, vio que ella se había alzado el velo.

—Mírame, Evan. Mira cómo he cambiado en poco más de tres meses.

Payle se sentía atónito. Aquella horrible cara, llena de arrugas, las cejas casi sin pelo, los ojos mortecinos…

Ella hizo un esfuerzo, se puso en pie y subió la falda hasta la cintura, a la vez que se volvía un poco. Estupefacto. Payle contempló el lunar cuyos contornos conocía sobradamente. La piel era blanca, pero había perdido la consistencia y la tersura de la juventud.

De repente, ella se desplomó al suelo.

—Me muero… —jadeó—. Evan…, la dama de… quinientos años… Me ha robado… la juventud.

Lectulandia

Clark Carrados

La dama de los 500 años

Bolsilibros: Selección Terror - 204

ePub r1.0
Titivillus 14-01-2018

Título original: *La dama de los 500 años*
Clark Carrados, 1977
Diseño de cubierta: Antonio Bernal

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

La joven cruzó la estancia, ataviada solamente con, una cinta negra en el cuello y un cigarrillo en la mano izquierda. Evan Payle se echó a reír.

—Wendy, ¿no te olvidas algo?

Ella se volvió.

—Ah, sí, el cigarrillo… Pero no había fósforos…

—Mujer, yo hablaba de una toalla. Cuando una persona sale del cuarto de baño, siempre envuelve su cuerpo en una toalla grande.

—¿Para qué? Ya estoy seca, Evan.

Recostado en el lecho, con la cabeza apoyada en una mano, Evan Payle contempló los movimientos de la hermosa Wendy. Cuerpo de diosa, ojos de sirena, cabellos de oro… y fuego en los labios.

—Tardaremos algún tiempo en vernos, Evan —dijo ella.

—¿Si?

—He encontrado un buen empleo. Bien pagado. De todos modos, te enviaré una postal.

—Si me dices dónde te vas, podría ir a visitarte algún día.

Wendy estaba atándose el pelo con una cinta. Se puso la blusa y los pantalones y metió los pies en unas sencillas sandalias. Luego se levantó, caminó hacia la cama y se sentó junto al borde.

—Evan, eres un tipo estupendo —dijo—. Pero yo no estoy hecha para permanecer encadenada a un hombre toda la vida. Lo siento, no puedo remediarlo.

—Quizá lo sienta yo más, nena.

Ella movió la cabeza.

—No. Tú eres soltero todavía, pero eres de la clase de hombres que acaban por las tardes, junto al fuego, con el periódico, las zapatillas puestas, el perro durmiendo al lado, y una joven, amante y dulce esposa tejiendo en el sillón de enfrente. Has cumplido treinta años ya y, en apariencia, eres un solterón; pero sólo porque no has encontrado a la mujer de tus sueños. Me gustaría serlo yo, pero… antes de un año me sentiría mortalmente aburrida y eres demasiado bueno como para querer engañarte.

—Caramba, Wendy, pareces conocer bien a las personas.

—Lo hace el oficio. Evan, nunca he intentado negar lo que soy.

—Y no quieres cambiar.

—Algún día, quizá… cuando mis encantos empiecen a marchitarse… Espero tener ahorrado lo suficiente para montar un negocio que no dé mucho trabajo. Por ahora soy joven, aún no he cumplido los veintisiete.

—Wendy, eres tan sensata como hermosa. Abandonar ciertos… hábitos sólo exige un poco de fuerza de voluntad. Yo podría ayudarte…

De nuevo hizo ella un gesto negativo.

—No lo intentes.

—Wendy, ¿cuál es el empleo?

—Él vino a buscarme hará un par de semanas y me ofreció un buen «contrato». Es cuestión de seis o siete meses. No puedo desdeñarlo, Evan. —La joven se inclinó hacia delante y rozó con sus labios la mejilla de Payle—. Adiós, querido. No, no te molestes en acompañarme; conozco el camino.

—Envíame una postal, Wendy.

—Sí, Evan.

Payle quedó solo. En medio de todo, Wendy era una buena chica. Estaba seguro de que gran parte de lo que había dicho era simple postura, no una absoluta convicción. Pero si ella no quería cambiar de vida…

Oyó el ruido de la puerta al cerrarse y se levantó de la cama. Minutos después, estaba bajo la ducha.

Dos semanas más tarde, Payle recibió una postal.

Era de Wendy y le decía que se sentía muy contenta de su empleo y que el sitio era maravilloso, aunque no indicaba su nombre. Al pie de la postal vio la clásica leyenda: «Vista de los alrededores de Hannah Point, Maine».

—Debe de ser un tipo muy amable —suspiró Payle, quien todavía añoraba el fuego de los besos de Wendy Meil.

Poco a poco, empezó a olvidarla.

* * *

Tres meses más tarde, cuando regresaba a su casa, en una lluviosa tarde de setiembre, el conserje le dio una noticia:

—Hay una señora que le aguarda en su departamento, señor Payle.

El joven arqueó las cejas.

—¿Le ha abierto usted, Tom?

—Sí, señor. Dijo que era muy amiga suya…

Payle asintió. El conserje era de confianza y tenía instrucciones concretas suyas en tal sentido. La esposa de Tom, por otra parte, hacia a diario la limpieza del departamento, de modo que no era extraño que el conserje dispusiera de una llave.

—¿Ha dado su nombre?

—No, señor. Sólo me dijo que le dijera que se acordase usted del lunar en…, bueno, en el muslo izquierdo, por la parte de atrás y muy arriba. —Tom hizo una mueca—. Me pareció que tenía muchísimos años, señor, y a usted no le gustan las abuelitas precisamente.

Payle se sentía perplejo.

—Mi abuelita vive y es encantadora, pero yo no conozco a ninguna anciana con un lunar cerca de…, bueno, de ahí, donde ha dicho. Y no soy médico, sino abogado e investigador.

El conserje se encogió de hombros.

—Me encargó le mencionase el lunar, eso es todo.

Payle se dirigió al ascensor. El lunar, si estaba situado donde había dicho Tom, pertenecía a Wendy Meil. Pero Wendy no tenía nada de anciana.

Salió del ascensor y entró en el apartamento. Una mujer se puso en pie inmediatamente. Vestía enteramente de negro, con ropas que le llegaban hasta los pies y su rostro estaba cubierto por un espeso velo negro. Las manos estaban enguantadas.

—Evan —dijo ella.

La voz era cascada, de una mujer de avanzada edad.

—Señora…

—Evan, soy Wendy.

Payle frunció el ceño.

—No me gustan las bromas, señora —dijo.

—¡Soy Wendy! —insistió ella. De repente, vaciló y tuvo que sentarse en una silla —. Evan —lloró—, me han robado la juventud.

—Por favor…

—Nunca… debí aceptar aquel contrato Ahora tengo más de ochenta años… Mi juventud, mi vitalidad, mi energía está ahora en el cuerpo de esa maldita mujer…

Payle miró a derecha e izquierda. Vio la mesita con el servicio de licores y caminó unos cuantos pasos.

—Le conviene tomar un poco de coñac, señora.

—¡Evan, insisto en que soy Wendy!

Aquella pobre anciana estaba loca, pensó el joven. Indudablemente, había conocido a Wendy. Pero él sabía que había personas de edad que, pese a determinadas deficiencias mentales, eran astutas e inteligentes en otros aspectos. Seguramente, había venido a sacarle unos dólares.

Llenó la copa. Al volverse, vio que ella se había alzado el velo.

—Mírame, Evan. Mira cómo he cambiado en poco más de tres meses.

Payle se sentía atónito. Aquella horrible cara, llena de arrugas, las cejas casi sin pelo, los ojos mortecinos…

Ella hizo un esfuerzo, se puso en pie y subió la falda hasta la cintura, a la vez que se volvía un poco. Estupefacto. Payle contempló el lunar cuyos contornos conocía sobradamente. La piel era blanca, pero había perdido la consistencia y la tersura de la juventud.

De repente, ella se desplomó al suelo.

—Me muero… —jadeó—. Evan…, la dama de… quinientos años… Me ha robado… la juventud.

La boca de Wendy se torció bruscamente. Sus pies se agitaron un poco. Muy pronto se quedó quieta.

Payle reaccionó y corrió hacia el teléfono, para llamar una ambulancia. Luego se

arrodilló junto a la anciana y le buscó el pulso.

Ya no había nada que hacer. Fuese o no Wendy Meil, aquella mujer había muerto.

* * *

El doctor Frankerson meneó la cabeza.

—No hay nada de anormal en esa mujer —declaró—. Fisiológicamente, tenía más de ochenta años. A esa edad, el corazón falla con toda facilidad.

—Entonces, eso es lo que debo hacer constar en mi informe —dijo el sargento Mac Adams.

—Así es. Adiós, sargento. Adiós, señor Payle.

El médico se marchó. Payle y el sargento quedaron frente a frente, en la oficina de este último.

—Ya lo has oído, Evan —dijo Mac Adams. Eran viejos amigos. En tiempos, Payle había sentido la tentación de ingresar en la policía, pero luego su vida había tomado otros derroteros. La amistad, sin embargo, continuaba.

—No puede ser, no acabo de creerlo —dijo Payle, profundamente pensativo—. Apenas hace cuatro meses, Wendy y yo estuvimos juntos. Era una joven llena de vitalidad, ardiente, apasionada.

—Voluptuosa y demás —añadió Mac Adams socarronamente—. Pero también una prostituta de lujo.

El sargento alargó una mano y tomó una carpeta que tenía sobre su mesa.

—Siento desilusionarte, Evan…

—No te preocupes, John —atajó Payle—. Ya lo sabía.

Ella misma me lo dijo. Nunca intentó ocultarlo. De todos modos, me dedicó íntegramente una pequeña temporada. Luego se marchó. Dijo que había encontrado un buen empleo en Hannah Point.

—¿Un empleo?

—Bueno —remoloneó el joven—. Dijo algo así como un «contrato». Pero cuando volvió… era una vieja de más de ochenta años.

—Entonces, no era Wendy Meil, Evan.

—Wendy tenía un lunar en un punto de su cuerpo muy poco accesible a la gente común. Yo se lo vi antes de morir, porque ella misma me lo enseñó, para convencerme de su identidad. ¿Se te ha ocurrido tomar las huellas dactilares?

—Sí.

—¿Y bien?

—No son las mismas, Evan.

Payle miró fijamente a su amigo.

—John, no bromees —dijo.

—Hablo absolutamente en serio. He actuado en este caso, por pura amistad. Pero

después del informe del forense, no tengo otro remedio que declararlo cerrado. Lo siento de veras, Evan.

El joven se puso en pie.

—Investigaré por mi cuenta. Fuese lo que fuese, la apreciaba mucho. Era un ser humano, ¿comprendes?

—No irás a decirme que la han asesinado, ¿verdad?

—Hay algo muy extraño en su muerte. Las huellas no serán las mismas, pero el lunar era algo inconfundible.

—La conocías muy bien. O la conoces muy bien —sonrió Mac Adams.

Payle ya no dijo nada. Tomó el sombrero y salió de la oficina.

Llovía. El asfalto estaba brillante y las luces de los edificios se reflejaban en el suelo. Los neumáticos de los coches emitían sonidos de seda rasgada.

Subió a su coche. Mientras volvía a su casa, pensó en Wendy. ¿Quién era la dama de quinientos años? ¿Había sido una frase disparatada, pronunciada en el minuto de intenso delirio, precedente a la muerte?

¿O se refería a alguna mujer que había tenido algo que ver con su insólito fallecimiento?

Cuando llegó a su casa, Tom, el conserje, le dio una noticia parecida, por segunda vez en el mismo día:

—Le espera una visita en su departamento, señor Payle.

CAPÍTULO II

Cuando abrió la puerta, vio a una mujer alta y en apariencia esbelta, de espaldas a la entrada, contemplando un grabado colgado de la pared. Era de pelo negro, recogido en un moño alto, lo que dejaba al descubierto un cuello de cisne, de nívea blancura.

—Un dibujo muy bonito, señor Payle —dijo la mujer, sin variar de postura—. La firma me suena.

—El artista me lo regaló hace años. Hoy es una firma cotizada. Ése grabado ya vale unos cuantos miles de dólares, señora…

—No cabe la menor duda. Señor Payle, soy Lena Swan.

—Encantado, señora Swan.

—Puede llamarme Lena a secas. —Ella se volvió de repente y sonrió—. ¿Me encuentra hermosa?

Payle contuvo el aliento. Lena poseía una silueta escultural. El vestido, negro hasta el suelo, estaba abierto por el lado izquierdo hasta la cadera. Por la abertura se veía una pierna cubierta de finísima seda negra.

—¿Qué le pasa? —rió ella—. ¿Se ha quedado sin habla?

—Verla a usted dejaría mudo al más charlatán —contestó Payle.

Lena volvió a reír.

—No se puede decir que no sea galante. Por favor, ¿quiere invitarme a beber?

—¿Qué prefiere?

—Jerez.

Payle llenó dos copas y entregó una a su hermosa visitante.

—Voy a tener que prohibir a Tom que deje la llave de mi departamento —dijo.

—¿Lo lamenta en mi caso?

—Todavía no puedo afirmar nada.

—No creo que lo lamente, sino todo lo contrario. Señor Payle…

—Oh, oh, usted tiene que llamarme también por el nombre, Lena.

—Bien, Evan. Tengo que encargarle un caso…, pero me parece que hay tiempo. Al menos, yo no tengo prisa. ¿Y usted?

—Ninguna.

—Venga, siéntese a mi lado, en el diván.

Payle obedeció. En los ojos de Lena había un brillo magnético, subyugador, pensó.

—Es una lástima que viva usted en una gran urbe —dijo ella.

—¿Por qué?

—Ofrece muchas desventajas. Si viviese en una pequeña población, tendría una casita acogedora, con una chimenea, en la que, en estos momentos, arderían algunos leños… Habría un par de pieles frente a la chimenea y los dos hablaríamos con la sola luz de las llamas… en lugar de disfrutar del aire acondicionado…

—Mi trabajo está aquí, Lena.

—Si, por eso he venido a verle.

—De acuerdo, pero ¿por qué no empieza ya?

Lena se mojó apenas los labios con el vino. Luego se inclinó hacia el dueño de la casa y le miró profundamente a los ojos.

—Hay tiempo —susurró, con cálido acento.

Payle vaciló. Bebió el vino, dejó la cepa a un lado y estrechó a la mujer en sus brazos. La haría hablar, le sacaría los motivos reales de su inesperada presencia en el apartamento.

—Sí, hay tiempo —convino.

Buscó la boca de Lena. De pronto, la habitación empezó a girar a su alrededor.

La boca de Lena era ardiente. Payle se sintió acometido por un intenso vértigo de pasión.

* * *

—«Olvida a Wendy, olvida a Wendy, olvida a Wendy…».

La voz parecía resonar dentro de su cerebro. Payle creía que su cabeza era una inmensa esfera hueca, dentro de la cual se producían atronadoras resonancias.

—«No has visto nunca a Wendy, no has visto nunca a Wendy…».

Wendy corría hacia él, vestida solamente con unos velos blancos, que flotaban en el aire, debido a la rapidez de su marcha. Wendy tenía los brazos extendidos y sus pies desnudos no parecían apoyarse en ninguna parte. Abría los labios y los cerraba, pronunciando su nombre, pero él no oía el menor sonido procedente de la boca de la joven.

La única voz que llegaba a su cerebro procedía del infinito:

—«Olvida a Wendy…».

Pero Wendy seguía corriendo hacia él, flotando en el espacio, con los velos agitándose a veces por encima de su cabeza. Payle veía a través del tejido las formas de diosa de la joven, que se movía cada vez con mayor lentitud.

Y Wendy le llamaba, pero él no podía oírla.

Decidió correr a su encuentro. Wendy le pedía ayuda, no cabía la menor duda.

* * *

De pronto, se encontró flotando en el espacio. En tomo a él, de todas direcciones, llegaba aquella voz imperiosa:

—«Olvida a Wendy, olvida a Wendy…».

Payle corría desesperadamente, lo mismo que Wendy. Sin embargo, ninguno de

los dos conseguía avanzar un palmo de terreno. Desesperado, Payle hizo un esfuerzo supremo y saltó hacia delante.

Alargó las manos. Ya tocaba las puntas de los dedos de Wendy. Pero, en el mismo instante, el hermoso rostro de la joven se convirtió en el de una mujer muy vieja, horrible, lleno de arrugas…

Y Wendy, gritando frenéticamente, pero sin emitir el menor sonido, se hundió en el inmenso pozo negro que había a sus pies. Los velos quedaron atrás, flotando suavemente en el espacio que se hizo absolutamente oscuro.

* * *

Alguien le sacudió con fuerza.

—Vamos, despierta, despierta.

Payle abrió los ojos, dándose cuenta de que estaba bañado en sudor. Sentada a su lado, contemplándolo con ojos burlones, estaba Lena.

—¿Eres propenso a las pesadillas?

Payle se secó con una punta de la sábana.

—Me he quedado dormido —dijo.

—Sí, suele pasar —admitió ella, irónica—. Y es que son ya más de las dos de la madrugada.

Lena estaba vestida solamente con la ropa interior, observó Payle. Por lo demás, aparecía ya perfectamente peinada y maquillada.

—Si mal no recuerdo, viniste aquí para hablarme de un caso —dijo él.

—Es cierto, pero luego las cosas se enredaron —Lena se puso en pie y atravesó la estancia, ágil y desenvuelta. Se inclinó un poco, abrió el bolso y sacó una tarjeta de visita, que dejó sobre una consola—. Aquí tienes un nombre y una dirección. Trata de obtener el máximo de informes. Ah, me olvidaba.

Lena sacó un pequeño fajo de billetes y los puso sobre la tarjeta, a la vez que sonreía hechiceramente.

—No sólo de amor se vive —dijo, maliciosa—. Son dos mil dólares para gastos, Evan.

Payle se sentía estupefacto. Lena fue luego a una silla y empezó a ponerse el *complet* negro. Al erguirse, tenía el aspecto de una bailarina de *ballet* clásico.

—Bien, tengo que trabajar para ti —dijo Payle, que ya había recobrado el habla —. Pero ¿adónde te remito los informes?

—No te preocupes; yo te llamaré por teléfono. O vendré a visitarte. Es decir, si no prohíbes que el conserje entregue la llave.

—Le diré que te la dé en cuanto se la pidas —sonrió el joven.

Lena se puso el vestido por la cabeza. Luego se acercó a Payle y giró sobre sus talones.

—Antes bajaste la cremallera —dijo—. Ahora debes hacer lo contrario.

—Desgraciadamente —suspiró él.

Un segundo después. Lena se volvió y curvó el cuerpo.

—No tienes motivos para quejarte de… tu cliente —se despidió.

Momentos después, Payle quedaba a solas. Tras unos segundos de reflexión, se puso en pie, cruzó el dormitorio y se acercó a la consola.

Sí, había veinte billetes de cien dólares. La tarjeta de visita correspondía a un tal Hiram B. Hooker y en ella se indicaba también su dirección.

De súbito, Payle recordó la pesadilla que había tenido durante el sueño. ¿Era verdad que había visto a una mujer en demanda de auxilio?

Tal vez había tomado una copa de más, pensó. Pero no cabía la menor duda de que resultaba muy agradable contar con clientes como la ardiente y voluptuosa Lena Swan.

Lanzó un suspiro y se encaminó al baño. Una ducha tibia le relajó considerablemente. Media hora más tarde, dormía como un leño.

* * *

Despertó muy tarde, al día siguiente. Oyó ruido en la cocina y gritó.

—Soy yo, señor Payle, Minna, la esposa de Tom —contestó la mujer—. Le estoy preparando un poco de café. Croo que lo necesitará.

Payle, desconcertado, se levantó y se puso una bata sobre el pijama. Metió los pies en las zapatillas y caminó hasta la cocina.

—Minna, ¿qué le hace suponer que necesito café? —preguntó.

Se oyó una risita irónica.

—Hay un par de botellas vacías —contestó—. Pero no se lo tome así, a veces pasan esas cosas, señor Payle. Sobre todo, cuando se recibe una visita agradable.

El joven se pasó una mano por la frente.

—Dos botellas vacías —repitió.

—Sí, la del jerez y la del *whisky*. Bueno, son cosas de juventud. Ah, el café ya está. Le recomiendo también un par de aspirinas.

—Minna, no me duele la cabeza ni tengo resaca, aunque admito que nunca rechazo una taza de café. Pero anoche no tomé yo más que una copa.

La señora Barker se volvió en el acto.

—¿Sólo… una copa?

—Como lo oye.

—Bueno, quizá yo esté equivocada y las botellas se habían ido vaciando los días anteriores, copa a copa…

—Minna, anoche esas botellas estaban llenas.

—Ahora están vacías, señor Payle.

Sobrevino un momento de silencio. Minna y el joven se contemplaban recíprocamente.

De pronto, Payle dio media vuelta y se encaminó a la sala. Sí. Minna tenía razón: las botellas estaban vacías.

—Debí de agarrar una buena cogorza —murmuró.

Pero se le hacía muy cuesta arriba haber vaciado dos botellas, aunque fuese en agradable compañía. No se sentía demasiado bien, aunque su estado era mucho mejor del que cabía esperar, tras haber pillado una buena borrachera.

La señora Barker llegó con una bandeja en las manos.

—El café —dijo—. Vamos, no se preocupe de más —añadió, sonriente—. Esto son cosas que pasan a veces.

Minna se alejó, para completar la limpieza del piso. Payle tomó un par de tazas de café, sumamente preocupado por algo que no acababa de comprender. Estaba seguro de no haber bebido tanto y, sin embargo, las botellas aparecían absolutamente vacías.

Decidió dejar de preocuparse del asunto. Lena Swan le había encomendado un caso y el anticipo había sido más que generoso.

—En todos los sentidos —sonrió.

De repente, sonó el teléfono.

—Payle —dijo, después de levantar el aparato.

—Ah, hola, Evan. Soy Mac. Tengo noticias para ti —dijo el sargento de policía.

—¿De qué se trata?

—¿De qué se va a tratar, hombre? Ha ocurrido algo muy extraño. Tú tenías razón.

Aquella anciana era Wendy Meil.

—¿Wendy? No recuerdo…

Mac Adams se enojó.

—Evan, no te burles de mí. Soy amigo tuyo y trato de ayudarte, eso es todo.

—Pero es que no comprendo.

—¡Por favor!

—John, ¿quieres aclararte de una vez?

—Mira, Evan, si no tienes interés en ese caso, será mejor que lo digas. Yo tengo mucho trabajo y poco tiempo que perder.

—Pero es que no me acuerdo… ¿Cómo has dicho que se llama?

—¡Vete al diablo! —se despidió el enfurecido sargento de policía.

Payle contempló el teléfono con ojos llenos de extrañeza.

—¿Qué diablos querría ese tonto? —murmuró—. ¿Y quién es Wendy Meil?

Acabó por encogerse de hombros y dejó el teléfono sobre la horquilla. Luego empezó a vestirse. Era hora de iniciar el trabajo que le había encomendado la hermosa Lena Swan.

CAPÍTULO III

Tres semanas más tarde, cuando ya empezaba el mes de octubre, Evan Payle abrió la puerta de su departamento y se encontró con una visitante.

—Este grabado me gusta cada vez más —dijo Lena, vuelta de espaldas a la puerta, como en la ocasión anterior—. ¿No quieres vendérmelo?

—Al autor le sentaría muy mal —dijo Payle.

—Yo creo que se sentina muy orgulloso de saber que, por estos cuatro trazos deshilvanados, alguien había pagado… cinco mil dólares, por ejemplo.

Payle contempló en silencio la esbelta silueta de Lena. Ella vestía ahora de modo muy distinto. Era un traje pantalón, de una sola pieza, que dejaba la espalda al descubierto, hasta bastante más abajo de la cintura. Inmóvil, como estaba, los pantalones parecían una falda larga.

De pronto, Lena se volvió. Payle contuvo la respiración. La pieza delantera eran dos delgados tirantes, que apenas si cubrían las blancas morbideces del busto. Dada la temperatura exterior, Payle tuvo la explicación de aquel liviano atavío, al ver sobre un sillón el cálido abrigo de pieles de que ella se había despojado al entrar en el apartamento.

Los labios de Lena sonreían, expresando satisfacción.

—¿Estoy atractiva?

—Si hubiese una lámpara en el techo, me colgaría de ella y lanzaría el grito de Tarzán. Luego me abalanzaría sobre ti, con el ímpetu de un hombre de la Edad de Piedra…

—No me asustes, por favor.

—Pero soy algo más comedido. Por cierto, ya tengo listo el informe sobre Hooker.

—¿Ah, sí?

Payle se acercó a la consola, abrió un cajón y extrajo un sobre de buen tamaño.

—Falta sólo la dirección, pero como la desconocía.

—Me lo llevaré más tarde. ¿No me invitas a una copa?

—¿Jerez, como en la otra ocasión?

—Ahora hace más frío. Prefiero coñac.

—Muy bien, coñac para dos.

Lena se le acercó, ondulante.

—¿Me has echado de menos? —preguntó, mimosa.

—Siempre se echa de menos a una mujer tan bella como tú.

—Conforta oír hablar así. —Lena alzó la copa—. Por los dos.

Payle tomó un sorbo de coñac.

—Lena, ¿dónde vives? —preguntó.

—¿Qué importa eso ahora?

—Quiero saberlo…

—En estos momentos, vivo aquí.

El joven sonrió.

—Me encanta ser tu anfitrión —dijo.

—Demuéstralo, querido.

Payle apuró la copa y la dejó a un lado. Luego rodeó con sus brazos la cintura de aquella hermosa mujer.

—Voy a intentarlo —murmuró, a la vez que se inclinaba para besarla.

* * *

—«¿Recuerdas a Wendy?».

—«¿Quién es Wendy?».

Una figura borrosa apareció ante los ojos del joven. Era una mujer. Parecía pedirle ayuda, pero sus facciones estaban desdibujadas. Apenas si podían distinguirse detalles de su rostro.

El cuerpo parecía transparente. ¿O era un fantasma lo que estaba contemplando?

Aquella figura carecía prácticamente de contornos.

Si, ahora movía los brazos. ¿Le pedía ayuda?

—«Wendy no ha existido jamás».

—«No sé quién es Wendy».

La figura se alejó, desvaneciéndose con rapidez en la negrura del espacio circundante. Payle creyó caer en un pozo sin fondo. Pero no era cierto, porque empezó a ver luz.

El resplandor se hizo más intenso. De pronto, creyó que llovía.

Despertó. Alguien sacudía gotas de agua con los dedos sobre su rostro.

—Despierta, Evan, despierta…

Payle abrió los ojos al fin. Lena, sonriente, le miraba en pie, junto a la cama.

—Tienes muchas pesadillas —comentó.

El joven se sentó.

—Me he quedado dormido.

—Y tanto. Son casi las cuatro de la madrugada.

—¡Demonios!

—Pero no temas, no tengo ningún esposo a quien dar cuenta de mis actos —rió Lena.

Payle observó que la joven estaba ya vestida, incluso con el abrigo de pieles puesto.

—¿Te vas?

—Sí. Ha sido una velada deliciosa, Evan.

—Espera, quiero saber tu dirección…

—No te preocupes. Ya te llamaré algún día.

—Por favor, Lena.

—Te llamaré —insistió ella.

—A propósito, ¿no me encargas otro caso?

—Por ahora, no. Adiós, querido.

Lena se marchó. Payle oyó el ruido de la puerta al cerrarse.

Una mujer misteriosa, pensó. ¿Qué pretendía con sus extrañas visitas?

Los informes sobre Hooker no habían revelado nada especial. Era un acomodado negociante, del que no se conocían escándalos ni problemas ruidosos. Esposa, tres hijos, uno de ellos en la universidad, una residencia en el campo, bien considerado por amigos y vecinos… En la vida de Hooker no había nada digno de relieve.

Un hombre como tantos otros, ¿qué interés podía tener para Lena?

El sueño empezó a vencerle de nuevo. Por la mañana, le despertó el ruido de algunos cacharros en la cocina.

—¡Minna!

—¿Está despierto ya, señor?

—Sí. ¿Cómo va el café?

—En seguida. Hoy se ha portado bien, ¿eh?

—¿Por qué lo dice?

—Hombre, las botellas están casi sin tocar… Esa chica ha comprendido al fin que hay dos cosas incompatibles: el amor y el alcohol.

Payle sonrió, malicioso.

—La culpa no es mía —dijo, mientras se anudaba el cordón de la bata.

—Claro, no se puede ser guapo. Ella también es muy bonita. Y caprichosa, además de rica.

—¿Por qué dice eso, Minna?

—¿Ha visto el cuadro que tiene en el salón? ¡Nunca había visto un dibujo tan bonito!

Payle frunció el ceño. Abandonó el dormitorio y llegó a la sala. De repente, se quedó como clavado en el suelo.

El grabado que tanto había gustado a Lena ya no estaba. El marco y el cristal aparecían intactos, pero en lugar del dibujo, pegados sobre el cartón posterior de refuerzo, aparecían numerosos billetes de cien dólares.

Payle los contó, atónito. Había cincuenta billetes.

—Cinco mil dólares —recordó, en alta voz.

—Una buena venta —observó la señora Barker, al aparecer con la bandeja en las manos—. Así da gusto ser propietario de un cuadro.

Durante un largo minuto, Payle permaneció frente al cuadro, en el que el dibujo de su amigo había sido sustituido por billetes de Banco. ¿Qué pretendía Lena con su extraño comportamiento?

De repente, se le ocurrió la metáfora de la araña y su red. Lena era la araña, que tejía su red, donde iba a atrapar una presa importante.

La presa era él, naturalmente.

* * *

La mujer que llamó a su puerta días más tarde, era de mediana estatura, contaba unos treinta años y tenía un cuerpo abundantemente provisto de curvas. El pelo era rubio y su cara estaba fuertemente cargada de maquillaje.

—Me llamo Billie Thorn —se presentó—. Deseo hablar con usted de una amiga común. Su nombre es Wendy Meil.

Payle arqueó las cejas.

—No conozco a ninguna mujer que se llame Wendy —respondió.

Sobrevino un momento de silencio.

—Me extraña que diga una cosa semejante —exclamó la visitante.

—Por favor, deme su abrigo y siéntese. ¿Quiere tomar algo de beber?

—No, gracias. —Billie se desabrochó el abrigo, pero no se lo entregó al joven—. Wendy me habló mucho de usted. Siempre decía que le había conocido demasiado tarde. De lo contrario, es probable que se hubiera casado. No entiendo por qué ese empeño en negar que la conocía.

—Nunca he negado conocer a una persona… cuando la he conocido realmente. Pero puedo asegurarle, señora Thorn…

—Billie, por favor. Conmigo no hacen falta ceremonias.

—Muy bien. Billie. Le aseguro, y hablo completamente en serio, que jamás he conocido a su amiga Wendy.

Ella le miraba con extrañeza. Payle empezó a sentirse incómodo.

—Soy sincero…

—Espere un momento.

Billie abrió su bolso y sacó una fotografía.

—Nuestros apartamentos estaban juntos. Tanto Wendy como yo, teníamos llaves de los dos, por si un día, en ausencia de una de nosotras, la otra necesitaba alguna cosa. Después de su horrible muerte, yo recogí las cosas de la pobre Wendy. Su familia no las reclamó, por lo que aproveché algunas de sus prendas. Las otras fueron a parar al incinerador. Pero me quedé con algunos recuerdos personales, entre ellos, esta fotografía.

Payle contempló la fotografía. Estaba en una playa, con la mano derecha en torno a la cintura de una hermosa joven, vestida con un traje de baño de dos piezas.

—Wendy me dijo que había encontrado un buen empleo en un lugar llamado Hannah Point, desde donde me envió algunas postales. Véalas, señor Payle. Supongo que también a usted le enviaría alguna, ¿no?

El joven continuaba guardando silencio. Wendy Meil… ¿quién era?

—Ayer, revisando por última vez las cosas de Wendy, apareció esta fotografía.

Tengo un amigo policía que le conoce a usted. Él me dijo que Wendy murió en su propia casa.

—¡Aquí no ha muerto nadie! —barbotó Payle.

—Además, ocurrió algo horrible. Cuando la iban a enterrar, después de la autopsia, se le despegó la piel de los dedos. Debajo apareció su propia piel auténtica. ¿No le dice nada todo esto?

Payle se pasó la mano por la frente. Sentíase muy aturdido. En su mente se producía una furiosa batalla. ¿Conocía a Wendy? ¿No la conocía?

Volvió la fotografía de los dos en la playa. En el dorso había una fecha, un corazón atravesado por una flecha y dos nombres escritos a mano: Evan y Wendy.

Billie le miraba casi compasivamente.

—Wendy no dijo nunca qué empleo era el que había conseguido en Hannah Point, pero estuvo allí unos tres meses. Y cuando regresó, murió aquí, en esta misma casa, convertida en una anciana de más de ochenta años. Oiga, soy comprensiva y me imagino lo que le pasa a usted —continuó la visitante—. Hace años estuve de enfermera en una clínica psiquiátrica, pero dejé el empleo por… Bueno, eso no importa ahora. Lo que sí sé es que muchos pacientes, en ocasiones, olvidan todo lo referente a una persona, por una especie de autobloqueo de la mente. Es decir, han visto algo tan horrible, que se niegan a admitirlo y ese suceso queda completamente borrado de su memoria.

Billie se puso en pie.

—Es posible que a usted le pase lo mismo —añadió compasivamente—. Vaya a visitar al doctor Bernard K. Fram; es un magnifico psiquiatra y él podrá conseguir que usted llene esa laguna de su memoria. Porque no cabe la menor duda: usted y Wendy fueron muy amigos y ella murió aquí, en este mismo lugar donde estamos hablando.

Durante largo rato, Payle permaneció solo, sentado en una butaca, meditando acerca de lo que le había dicho su visitante. Pero si era cierto que conocía a Wendy, ¿cómo podía ocurrir que no conservase de ella el menor recuerdo?

Más tarde, Payle se acercó al teléfono. Buscó en la guía y marcó un número.

Una voz femenina le respondió de inmediato:

—Consultorio del doctor Fram. ¿En qué podemos servirle?

—Mi nombre es Evan Payle. Añada que me lo ha recomendado Billie Thorn.

—Bien, señor. Deme su número de teléfono. Le llamaré más tarde.

CAPÍTULO IV

Los ojos de Payle estaban fijos en el disco de numerosas facetas, que destellaban continuamente al girar, heridas por la luz de un foco situado estratégicamente. La voz del psiquiatra llegaba como procedente de un lugar muy distante.

—Duerma, duerma, duerma…

Payle se durmió.

—Le ordeno recordar a Wendy Meil —dijo el psiquiatra.

—Wendy… Meil…

—Sí. Era una joven de veintiocho años, rubia, atractiva, desenvuelta… Usted y ella sostuvieron un romance durante un mes, aproximado. Luego, ella dijo que se iba a trabajar a un lugar llamado Hannah Point. Recuerde, recuerde…

El cielo estaba completamente negro. De repente, Payle vio aparecer una figura humana.

Era una hermosa mujer, apenas cubierta por unos velos flotantes. Ella agitaba los brazos, en demanda de ayuda. Pero esta vez no se hundió en un pozo sin fondo ni envejeció, sino que continuó acercándose al joven, hasta llegar a su lado.

—Soy Wendy… La dama de quinientos años… me ha robado la juventud…

Payle lanzó un grito.

—¡Wendy!

—Recuérdela, recuerde todo lo relacionado con ella. Se lo ordeno —dijo el doctor Fram.

Media hora más tarde, el psiquiatra entregó una copa a su paciente.

—A veces, un poquito de alcohol entona —sonrió—. Bien, señor Payle, ya está usted curado del bloqueo de su mente, causado por la horrible e incomprensible muerte de la señorita Meil.

Los ojos de Payle brillaban de un modo singular.

—Doctor, ese bloqueo fue producido por métodos artificiales, posiblemente, muy parecidos a los suyos —afirmó.

—¿Cómo? ¿Cree que le hipnotizaron?

El joven sonrió.

—La persona que me ordenó olvidar a Wendy, no me ordenó que la olvidase también a ella —contestó—. Gracias por todo, doctor; ahora tengo la mente de nuevo en el mismo punto en que la tenía cuando murió Wendy.

Una hora más tarde, Payle se sentaba frente a su amigo el sargento Mac Adams.

—Hace tiempo, tú me llamaste para comunicarme algo importante sobre Wendy Meil. Yo dije que no la conocía y tú me enviaste al diablo.

—Con toda justicia. ¿Qué te pasa ahora? ¿La has recordado de pronto?

—John, tú afirmaste en un principio que aquella anciana no podía ser Wendy Meil. Había una ficha de ella en alguna parte y las huellas dactilares no coincidían. Pero cuando ya la sacaban del frigorífico para enterrarla, se desprendió la piel de las

yemas de sus dedos.

—Muy cierto, Evan.

—¿Era eso lo que me querías decir aquel día?

—Sí.

—Entonces, estás convencido de que Wendy murió de vieja, cuando, en realidad no tenía más que veintisiete años mal cumplidos.

—Sí. Pero no sabemos qué le sucedió.

—Yo lo averiguaré, John.

—¿Piensas ir a Hannah Point?

—En efecto.

—Perderás el tiempo. Ya hemos investigado nosotros. Y a fondo, créeme. No conseguirás nada.

—Perdona, John, pero ahora mí Interés no es sólo por Wendy, sino por mí mismo. Alguien me ordenó que la olvidase y lo consiguió por completo. Durante el resto de mis días, Wendy habría resultado para mí una perfecta desconocida, de no haber sido por una amiga suya que me envió a un magnífico psiquiatra. El doctor Fram ha sabido llenar las lagunas que quedaron en mi mente a las pocas horas de la muerte de Wendy.

Payle estuvo hablando durante un buen rato. Cuando terminó, Mac Adams se sentía pasmado.

—Me parece fantástico —comentó.

El joven se puso en pie.

—Por eso pienso ir a Hannah Point. Porque no sólo quiero averiguar de qué murió Wendy, sino el interés que tenía cierta persona en que olvidase el suceso —se despidió.

Aquella misma noche, Payle se entrevistó con Billie, ambos sentados en sendos taburetes de un bar.

—Tengo que darle las gracias. De no haber sido por usted, jamás habría recordado a la pobre Wendy.

Billie sonrió.

—Sabía que acabaría por recordarlo todo —dijo—. El doctor Fram es de lo mejorcito en su ciase.

—Billie, resulta ya de por sí preocupante que Wendy muriese tan misteriosamente, pero aún lo es más el hecho de que me obligaran a olvidarme de ella, porque eso significa que no quieren que se investigue su muerte. ¿Lo ha comprendido?

—De modo que te obligaron.

—Mediante una potente droga.

Billie silbó.

—Eso pone los pelos de punta, Evan.

—Ya lo creo. —Payle palmeó suavemente la mano de la mujer—. Gracias por tu

ayuda. Billie.

Ella suspiró.

—Eres un guapo mozo —dijo—. Pero Wendy tenía mucha más clase que yo. Por eso no te invito a tomar una copa en mi apartamiento.

—Hermosa, temo que en estos momentos yo resultaría un huésped decepcionante —contestó él de modo significativo.

—Sí, te comprendo. Suerte, Evan.

* * *

Desde la loma, Payle contempló el pequeño pueblo, recostado junto a la orilla del mar. Las olas se volvían blancas al chocar contra los acantilados, pero el mar tenía un color gris deprimente.

Las gaviotas graznaban ruidosamente por encima de su cabeza, moviéndose entre el viento que soplaba con la fuerza suficiente para hacer que las embarcaciones pesqueras estuviesen amarradas en el abrigado muelle. Hannah Point estaba situada en el punto más bajo de una extensa depresión, formada por la loma en que él se encontraba y otra similar, amesetada, situada a unos dos mil metros de distancia.

La meseta del lado Norte terminaba en unos violentos acantilados, que caían a pico desde más de cincuenta metros de altura. En el centro de la meseta se veía una gran casa de piedra, con tejado de pizarra. Había algunos árboles y se divisaba también una cerca de piedra en torno a la casa, encuadrando una propiedad, cuya extensión calculó en poco más de hectárea y media.

La propiedad tenía forma de rectángulo. Los dos lados más largos estaban constituidos por los acantilados y el trozo que daba a la meseta. A menos de cien metros de la casa, se veía otro edificio, de menores dimensiones y de más moderna factura.

Al cabo de unos minutos de contemplación del panorama, arrancó de nuevo, descendiendo por la carretera serpenteante que llevaba al pueblo. Cuando estaba en las inmediaciones, divisó el rótulo de una posada, situada junto al camino.

El edificio estaba situado a unos veinte metros sobre el nivel del mar y algo separado de las primeras casas. Payle comprendió que su situación era la adecuada, para acoger a los viajeros que no necesitaban entrar en Hannah Point. Inmediatamente, se detuvo frente a la puerta del edificio, de sabor típico, con el maderamen de la estructura a la vista.

El nombre era Posada de los Tres Albatros. También se expedían bebidas, leyó.

Después de apearse, empujó la puerta. Era la posada clásica que un viajero esperaría encontrar en semejantes parajes: madera antigua y brillante, ambiente acogedor y, esperó, también buena comida.

Al fondo, en el espacio destinado a comedor, había un hombre sentado ante una

mesa. Era de mediana edad, casi calvo y vestía chaqueta a cuadros, con una corbata bastante chillona. Payle le supuso viajante de comercio.

A la izquierda de la entrada estaba el mostrador, que servía tanto para recepción, como para servir a los clientes que sólo deseaban beber. Sobre la puerta había una campanilla, que había sonado al abrir.

Una mujer apareció a los pocos segundos. Era de mediana edad, pelo negro y con notable tendencia a la obesidad.

—Señor…

—Deseo una habitación, si es posible —dijo el recién llegado.

—Por supuesto, señor. ¿Quiere firmar el libro de registro? Soy la señora Cranshaw —se presentó la mujer.

—Encantado. Mi nombre es Payle, señora Cranshaw.

—¡Payle! —repitió ella.

—¿Me conocía usted? Nunca había estado aquí antes de ahora…

—Perdón, señor Payle, pero tiene reservada una habitación.

El joven respingó.

—Nadie sabía que iba a venir a Hannah Point —dijo.

La mujer se volvió y tomó una carta del casillero que tenía a sus espaldas.

—Es para usted —dijo—. Hace algún tiempo, recibí una carta, con veinticinco dólares en billetes y el anuncio de que le reservasen una habitación, lo hizo su secretaria…

Payle fue a decir que no tenía secretaria, al menos para aquella clase de asuntos, pero prefirió callar. Firmó el libro, tomó la carta, rasgó el sobre y extrajo de su interior una fotografía y una cuartilla.

La fotografía era de él mismo, sólo de busto. Payle se contempló a sí mismo, con un aspecto muy extraño.

Luego leyó la carta:

> Ahora tienes 32 años. Así estarás a los 42.

No había más, ni firma ni dirección del remitente ni la menor pista que le indicase quién podía ser éste. Sin embargo, Payle adivinó su identidad en el acto.

Durante un segundo, pensó en Lena Swan. Era ella la que le había ordenado olvidar a Wendy Meil. Pero Lena había cometido un gravísimo error.

Dobló la cuartilla y el sobre y los guardó en el bolsillo, junto con la fotografía. Sonreía para sus adentros. Lena no le había ordenado que la olvidase a ella.

—El mozo subirá su equipaje a la habitación —dijo la señora Cranshaw. Es la número dos y tiene baño individual. La cena es a las siete y media, a menos que prefiera comer en el restaurante del puerto.

—Gracias, cenaré aquí, señora Cranshaw.

Payle tomó la llave que le ofrecían y subió a su habitación, que tenía una magnífica vista sobre la población y el puerto pesquero. Pero también podía ver la

casa que había sobre los acantilados.

Anochecía ya y se habían encendido todas las luces. En la casa de los acantilados, sin embargo, no debía de vivir nadie, porque no se veía luz alguna.

* * *

La mujer, alta, hermosa, de pelo negro, vestida con un sencillo impermeable, atravesó el vestíbulo y se dirigió rectamente hacia el conserje.

—Por favor, la llave del departamento del señor Payle —solicitó con suave sonrisa.

—Señora, si quiere le dejaré la llave, pero perderá el tiempo esperándole —dijo Tom Barker—. El señor Payle ha salido de viaje.

—¡Oh, qué contrariedad! ¿Sabe cuándo volverá?

—No, en absoluto. Dijo que se iba a tomar unas vacaciones en el Caribe, aunque no mencionó el lugar al que pensaba dirigirse…

La joven sonrió.

—Lo lamento. Muchísimas gracias —se despidió.

Barker la miró alejarse y salir a la calle húmeda y lluviosa.

—Más lo lamentará él —suspiró melancólicamente.

* * *

Payle despertó a las cuatro de la madrugada. Escuchó unos momentos.

Todo estaba en silencio. De lejos, sin embargo, llegaba el rumor del oleaje, batiendo la costa.

AI cabo de un par de minutos, saltó de la cama y se vistió con unos pantalones y un *pullover* negro, de cuello alto. Calzó los pies en unas zapatillas y descendió a la planta baja.

En la mano derecha, llevaba una linterna de pequeñas dimensiones. Cuando llegó al mostrador, abrió el libro de registro. Buscó la fecha aproximada en que Wendy debía haber llegado a Hannah Point. Empezó, incluso, en la fecha correspondiente al último día que estuvieron juntos.

Al cabo de un rato, llegó a una desolada conclusión: si Wendy había estado en Hannah Point, como le aseguró, no se había alojado en la posada.

De repente, acometido por un impulso irresistible, se dirigió hacia la puerta. Un instintivo sentimiento de precaución le hizo enganchar la campanilla, a fin de evitar que sonase. Salió a la calle. El aire salobre le dio de lleno en el rostro.

Empezó a andar con paso firme. El cielo estaba cubierto parcialmente. De cuando en cuando, sin embargo, la luna asomaba por un rasgón de las nubes. A unos

trescientos metros, encontró el camino que conducía a la meseta del lado norte.

La pendiente era fuerte, pero la acometió sin vacilar. El viento era frío, desapacible. Payle empezó a notar que la protección de su indumentaria se hacía menor por momentos.

Cuando estaba a punto de terminar la cuesta, se detuvo.

—¿Qué diablos hago yo aquí? ¿Por qué no estoy en la cama? —se preguntó, lleno de perplejidad.

La masa oscura de los dos edificios se recortó de súbito, al despejarse las nubes momentáneamente. Payle creyó ver luz en uno de ellos, el de la izquierda, pero le pareció que sería el propio reflejo de la luna en algún vidrio.

Emprendió el regreso. Sentíase absolutamente desconcertado. ¿Qué le había empujado a dirigirse a la meseta?

Entró en la posada con las mismas precauciones y se dirigió a su habitación. El calorcillo de la cama abrigada le hizo reanudar el sueño en pocos momentos.

Por la mañana, se levantó no demasiado temprano. Después del aseo, bajó al comedor a desayunar.

—Han traído una carta para usted, señor Payle —anunció la señora Cranshaw.

—A propósito, ya que habla de correspondencia. ¿Guarda usted la carta en que le anunciaban mi llegada?

—No, señor; simplemente, me limité a tomar nota…

—Muchas gracias, señora Cranshaw. Tráigame la carta, tenga la bondad —sonrió el joven.

Momentos después, tenía la carta en su poder. El contenido era idéntico al de la víspera, aunque con una ligera diferencia. En la fotografía se veía con más años, cosa que, por otra parte, anunciaba el breve mensaje contenido en su interior:

> Así estarás cuando tengas 52 años.

La campanilla de la entrada sonó de pronto. Payle volvió la cabeza maquinalmente. Estuvo a punto de lanzar un grito, pero logró contenerse.

Sus presentimientos se habían cumplido. Allí, ante sus ojos, estaba Lena Swan.

CAPÍTULO V

La joven vestía impermeable amarillo, pañuelo del mismo color y botas altas, de medio tacón. Habló brevemente con la posadera y luego salió a la calle.

Payle sintió deseos de lanzarse tras ella, pero pensó que, puesto que había acertado, las prisas no le servían para nada. Tiempo habría de encontrarse con la hermosa Lena.

—Señora Cranshaw —llamó.

La posadera acudió en el acto.

—Por favor, llámeme Emily —sonrió—. Todo el mundo lo hace así, señor Payle.

—Gracias. Emily. Sólo quería hacerle una pregunta… Esa joven que acaba de marcharse… Me pareció conocida…

—Oh, es la señorita Leather. El nombre es Sybil y es la que se encarga de cuidar la casa de Cliffy's Cape. Es el edificio grande que hay en la meseta, sobre los acantilados.

—¿Vive ella en la casa de los acantilados?

—No, tiene un piso en el pueblo, a la entrada, la segunda casa a mano izquierda. La reconocerá en seguida, si va a visitarla; tiene mucha hiedra en la fachada…

Payle sonrió.

—Gracias de nuevo, Emily.

La señora Cranshaw se alejó. Entonces, Payle oyó una voz:

—¿También se interesa usted por alguna hermosa joven desaparecida, señor Payle?

El joven se volvió. Delante de él estaba un hombre grueso y calvo, a quien había visto en el comedor a su llegada.

—Permítame que me siente, señor Payle. Soy Ned Holliman, investigador privado. Tome mi tarjeta… Y si quiere ver mis credenciales…

Payle alzó una mano.

—Me basta con su palabra —dijo—. Pero ¿cómo sabe usted que yo ando buscando a una mujer?

—El olfato profesional —respondió Holliman—. La mía se llama Dorothy Pelham y hace más de tres meses que desapareció. ¿Puedo conocer el nombre de la suya?

—Estuvo aquí y ya ha muerto.

—Oh, lo siento. Tal vez ha venido a buscar algún recuerdo…

—Es posible —contestó Payle evasivamente—. Pero sólo le daré más detalles si usted me cuenta todo lo que sepa de la señorita Pelham Holliman.

Sacó una fotografía y se la tendió a su interlocutor.

—Esta es Dorothy —dijo—. Muy hermosa, como puede apreciar.

—Enemiga de los fabricantes de telas —sonrió Payle.

—A juzgar por la que lleva, sí. Dorothy desapareció, como digo, hace tres meses.

Un amigo suyo me encomendó buscarla. El rastro me condujo hasta esta población, pero eso es todo lo que puedo decirle.

—¿De verdad?

—Dorothy no se alojó en esta posada. Para mí, tuvo que hospedarse en la casa de los acantilados o en la que hay enfrente, en la parte interior de la meseta.

—¿Ha hablado usted con sus ocupantes?

—La casa de Cliffy's Cape está deshabitada; me lo ha dicho su conservadora, Sybil Leather. En cuanto a la otra, su propietario, Malcolm Dumbarton, ha negado por completo tener la menor relación con Dorothy.

—¿Ha investigado en el pueblo?

—Sí, pero todo ha sido en vano. Nadie la ha visto.

—¿Cómo viajó Dorothy hasta Hannah Point?

—En coche, naturalmente. Pero si pasó de noche y se dirigió a la casa de Dumbarton, ¿quién pudo verla?

—Supongamos que haya muerto. ¿Qué ha sido del coche?

Holliman soltó una risita.

—Usted no sabe la profundidad que hay en los acantilados —dijo.

—Sí, es un bonito lugar para deshacerse de un automóvil. Y de un cadáver también.

—Esto último ya no es probable. La pobre Dorothy, me imagino, está ya bajo seis palmos de tierra. ¡Y hay tanto terreno que buscar!

—Efectivamente, hay muchos sitios donde enterrar un cadáver, sin que nadie lo encuentre jamás. Pero, a cambio de sus informes, yo le diré que la joven que me ha hecho venir aquí, murió hace bastante más de tres meses, en Nueva York y en mi propia casa.

—Y usted supone que alguien fue allí desde Hannah Point para Asesinarla.

Payle no se fiaba del todo de Holliman.

—Si —contestó, sin entrar en más detalles.

—Bien, ¿qué le parece si a la noche hacemos una excursión a la meseta de los acantilados?

—Cuando todo el mundo duerma.

—Por supuesto.

—De acuerdo. ¿Nos veremos a la hora de la cena?

—Sí. Celebro haberle conocido, Payle.

—Lo mismo digo, Holliman.

* * *

La casa de Sybil Leather estaba rodeada por un pequeño jardín, muy bien cuidado. Payle abrió la puerta de la valla, avanzó por el pequeño sendero y tiró de la

anilla que había a un lado de la entrada.

Sybil apareció a los pocos instantes. Payle parpadeó, asombrado.

—Creo que me he equivocado —dijo, a su pesar.

—¿Cómo? No le entiendo, señor…

El joven sonrió y dio su nombre. Sybil se parecía a Lena, pero sólo si se la miraba fugazmente, tal como él la había visto en la posada. Alta también, de pelo muy negro, óvalo perfecto del rostro, tez delicada…

—Ejem… Perdón, señorita Leather. Emily, la posadera, me ha dicho que usted se encarga de la conservación de la casa de los acantilados.

—Es cierto. ¿Por qué me lo pregunta?

—Verá, tengo cierto interés en visitarla… Si es posible, por supuesto.

Sybil sonrió suavemente.

—Apostaría algo a que Emily le ha contado la leyenda de esa casa —dijo.

—Ah, pero ¿tiene leyenda?

—Si quiere, se la contaré, aunque ya me doy cuenta de que Emily no le ha dicho nada. Tal vez es porque llegó ayer a Hannah Point o porque teme que no la crea. La verdad, es una leyenda difícil de creer. No existe una dama que tenga quinientos años de edad.

Payle procuró mantener la serenidad. ¿No era eso lo que había mencionado Wendy cuando ya agonizaba?

—Entre, por favor —invitó Sybil—. ¿Me aceptará una taza de té?

—Con muchísimo gusto, señorita.

La casa era pequeña, pero bien decorada. A Payle le gustó especialmente el interior, anticuado sin dejar de ser alegre. Sybil le dejó unos momentos, para volver poco después, con el servicio de té en las manos.

—Se dice que en la casa de los acantilados reposa el cuerpo de la baronesa Carolina Horpathy —habló Sybil, después de haber llenado las tazas—. Si esto es así, nadie lo ha visto jamás, ni yo misma, y eso que conozco bien el edificio, hasta el menor de los rincones.

—Hace quinientos años, ni Colón había llegado a la costa Este americana —sonrió Payle.

—Es cierto, pero no es menos verdad que, según la tradición, el traslado del cuerpo se realizó hace ciento cincuenta años, aproximadamente, en mil ochocientos veintiséis. La baronesa, naturalmente, había muerto a finales del siglo XV. Pero sólo es una leyenda.

—Es decir, trajeron el cadáver desde Europa.

—Así es, en un viaje especial, con gran parte de las piedras que habían pertenecido al castillo de los Horpathy, en Hungría. Para mí que fue un capricho del barón, descendiente de Carolina, quien tuvo que expatriarse por motivos políticos. Yo diría que el panteón que supuestamente contiene el cadáver de la baronesa era algo que un Horpathy no quería abandonar en su tierra natal.

—Un viaje especial, en aquella época, debía de costar mucho dinero.

—El barón era inmensamente rico —sonrió Sybil.

—Así tuvo que ser, en efecto. Señorita Leather, le agradeceré mucho me Indique el mejor momento para visitar la casa de los acantilados. A su entera conveniencia, por supuesto.

—Mañana, si no tiene inconveniente. ¿Le parece bien las diez de la mañana?

Payle se puso en pie.

—Le quedo muy reconocido —se despidió.

Salió a la calle, bastante desconcertado. ¿Cómo había podido confundir a Sybil con la ardiente Lena Swan? Claro que Sybil era también muy hermosa, pero cuando se la miraba detenidamente, el parecido fisonómico desaparecía por completo.

Para entretenerse, bajó por las calles empinadas hasta el puerto. El mar seguía bastante alborotado, aunque el espigón del muelle evitaba el oleaje casi por completo. Pero era fácil ver que el tiempo no permitirla la salida de los pesqueros.

A la hora de la cena se reunió con Holliman.

—Sé que ha hablado con la bella conservadora de la casa de Cliffy’s Cape —dijo Holliman.

—¿Me ha seguido usted?

—Le he visto de lejos. Es una muchacha muy hermosa. ¿Le ha contado el secreto de la casa?

—¿Se refiere a la dama de los quinientos años?

—No, hombre. Hablo del túnel que, antaño, permitía a los contrabandistas eludir a los patrulleros del gobierno. Está en la parte más baja de los acantilados y lleva directamente a la casa, por el interior de la tierra.

—No, no me ha mencionado ese túnel —contestó Payle, muy extrañado—. Acaso lo construyeron en la época de la Ley Seca.

—Es usted un ingenuo, mi querido amigo —dijo Holliman con una risita burlona —. El contrabando es algo tan viejo como el mismo hombre y aquí ha habido contrabandistas desde que se descubrió América. Según mis informes, ese túnel se construyó hace más de ciento cincuenta años. De este modo, las lanchas de los contrabandistas no necesitaban pasar por el puerto.

—Voy entendiendo, pero no creo que esto tenga relación alguna con la desaparición de Dorothy Pelham.

—Muchacho, el menor detalle puede servir de mucho para aclarar ese misterio. Bien, ¿qué hora le parece mejor para iniciar el servicio de descubierta?

—¿Las dos de la madrugada?

—Nos reuniremos aquí mismo. ¿Tiene usted armas?

—No, nunca las he usado.

—Yo no me muevo un paso sin mí revólver. Será bastante para los dos —declaró Holliman.

—¿Teme algo?

El gordo hizo una mueca.

—Nunca se sabe —contestó, evasivo.

* * *

Los dos hombres caminaban rápidamente por la carretera. Poco después de haber llegado al punto más bajo, tomaron el camino que conducía a la meseta.

La capa de nubes parecía más espesa que la víspera Aun así, se producían algunos claros de cuando en cuando y la luz de la luna derramaba espectrales resplandores sobre el suelo.

Minutos después, estaban a punto de alcanzar la parte más alta de la pendiente. De pronto, oyeron rumor de pasos que se acercaban con cierta rapidez.

Payle reaccionó rápidamente.

—Aquí. Holliman —dijo en voz baja.

Los dos hombres se ocultaron tras unos arbustos. Alguien se hizo visible de pronto.

Payle vio una silueta enteramente vestida de negro. Era una mujer y parecía caminar con gran dificultad. De repente, cayó al suelo.

Un gemido escapó de los labios de la mujer. Jadeaba fuertemente, dando la sensación de hallarse presa de algo que la hacía sufrir enormemente.

—Vamos a ver —exclamó impulsivamente.

Los dos hombres abandonaron su escondite. Payle sacó su linterna y alumbró el rostro de la mujer.

A su lado. Holliman emitió una rotunda interjección.

—¡Santo Dios! ¿De dónde ha salido esta vieja?

Ella parecía respirar todavía.

—Señora, ¿quién es usted? —preguntó Payle.

—Do…rothy… Pelham…

—¡No puede ser! —rugió Holliman—. Dorothy no había cumplido aún los veinticinco años y esta mujer tiene noventa.

—Es ella —afirmó Payle rotundamente—. Tengo motivos para saberla.

—Me… muero —dijo Dorothy—. La… baronesa… roba la juventud…

De repente, oyeron voces cercanas. Payle apagó la linterna instantáneamente.

—Vamos, Holliman —susurró.

—Esa loca… Se ha escapado —dijo alguien.

—Por tu culpa, imbécil —se quejó otro.

—¡Mírala, ahí está!

Los dos hombres llegaron junto a la mujer caída en medio del camino.

—Ya no hay nada que hacer —dijo uno.

—Bien, entonces, lo mejor será que la llevemos a casa. Esta es la segunda que se

te escapa, Rory. Si vuelve a suceder, te costará muy caro.

—Lo siento, ya no volveré a descuidarme.

Holliman y Payle, en silencio, contemplaban la escena a pocos metros de distancia. Los dos hombres cargaron sin dificultad con el cadáver y se alejaron hacia arriba.

Pasaron algunos minutos. Holliman sacó un pañuelo y se limpió la cara.

—No sé si estoy soñando…

—Malcolm, lo que ha visto hace unos minutos, me sucedió a mí hace algo más de tres meses —dijo Payle sombríamente.

CAPÍTULO VI

Aunque la hora era muy avanzada, los dos hombres se habían reunido en la habitación de Payle. El joven había cogido al pasar una botella y dos vasos. Cuando entregó el suyo a Holliman, vio que las manos de éste temblaban convulsivamente.

—No…, no acabo de creer que fuese Dorothy… La conocí personalmente; era una muchacha encantadora… Un poco enamoradiza, es la verdad; pero radiante, llena de vida, estallante de juventud… Usted ha visto la fotografía, ¿no?

—En efecto. Pero ya tuve una experiencia sobre el particular y le aseguro que Dorothy ha muerto de puro vieja.

—Quizá aquella mujer, la que murió en su apartamento, no era la misma que usted conocía.

—Holliman, no hay duda posible. Conocía muy bien a Wendy Meil. Además, las huellas dactilares coincidían.

El detective inclinó la cabeza.

—No sé qué le voy a decir a mi cliente. No me creerá —murmuró.

—Holliman, hagamos un trato —propuso Payle.

—¿Si?

—Mañana, es decir, hoy, yo iré a visitar la casa de los acantilados con la chica que se encarga de su conservación. Desde allí se ve la otra casa. Estoy seguro que los dos hombres que se llevaron el cadáver de Dorothy, salieron de este edificio. Quizá Sybil Leather me diga algo. Ella tiene que saber cosas de los que habitan la otra casa, ¿comprende?

—De acuerdo. Yo… esperaré antes de hablar con mi cliente…

—Si quiere seguir un consejo, no le diga nada todavía. Ni a la policía, por supuesto.

—Esto es grave. Son dos asesinatos…

—¿Quién puede probarlo? —sonrió Payle tristemente—. Ande, váyase a dormir. Procure descansar y no se mueva de la posada hasta mi regreso.

Holliman cargó con la botella y un vaso.

—¿Le importa, Payle?

El joven movió una mano.

—No abuse —recomendó—. Un par de copas, le harán dormir como el mejor sedante. Más alcohol, le dañaría.

—Sólo dos copas —prometió el atribulado detective.

A Payle, en cambio, le costó bastante dormirse. Por suerte, se había llevado un despertador eléctrico en el equipaje y a las nueve en punto ya estaba en pie.

La señora Cranshaw le entregó dos cartas cuando bajó al comedor.

—Temprano llega el correo —sonrió Payle.

—Sí, la verdad es que no hay mucha correspondencia que repartir.

Payle abrió la carta más gruesa. Suponía que encontraría otra fotografía y así

sucedió. Ahora, según la nota que acompañaba a la imagen, tenía sesenta y dos años.

—Diez años por cada día que pasa. No está mal —comentó para sí.

Abrió la segunda carta. Había una simple cuartilla, con una nota brevísima, de dos palabras:

¡SIGUE, VALIENTE!

* * *

Minutos después de las diez, salían juntos en dirección a la casa de Cliffy's Cape. El día era nuboso y soplaban rachas de viento que traían gotas de agua, mezcladas con finísimas espumas de las olas que seguían batiendo la costa.

Sybil se había puesto un impermeable amarillo, con pañuelo en torno a la cabeza. Payle, por su parte, llevaba chaquetón corto, pantalones recios, con botas de media caña y gorra a cuadros. El chaquetón tenía capucha, que no era preciso utilizar por el momento.

—Señorita Leather, aunque sea una indiscreción por mi parte, ¿quién es el dueño de la casa? —preguntó Payle, pasados unos minutos.

—Si le he de ser sincera, no lo sé. Yo diría que sigue perteneciendo a los Horpathy, aunque, al menos en los años que yo llevo en el cargo, y tampoco en vida de mi padre, se ha presentado ningún Horpathy a reclamar la propiedad.

—Bien, los Horpathy han podido extinguirse, pero Hungría sigue existiendo. Alguien quedará allí que podría considerarse heredero de la propiedad, ¿no cree?

—Mi padre hizo ya gestiones durante años, pero todas resultaron inútiles. En Hungría, actualmente, no existe ningún Horpathy o familiar que pueda considerarse heredero de sus bienes.

—Es curioso. Y usted, sin embargo, continúa en el cargo. ¿Por afición?

Sybil sonrió suavemente.

—En modo alguno —contestó—. Tengo un sueldo excelente y, además, recibo una asignación para gastos de conservación. Cada seis meses, se recibe en el Banco local una simia, de la que deduzco mi sueldo. El resto queda en una cuenta corriente, a mi disposición, naturalmente, para pagar los gastos que se pudieran ocasionar en el edificio, si se produce algún desperfecto. Usted ya sabe que una casa que no se habita puede arruinarse mucho antes que otra habitada.

—Eso es muy cierto —convino Payle—. Pero si recibe una asignación semestral, sabrá, al menos, quién le envía ese dinero.

—El Lloyd's, de Londres, eso es todo lo que sé.

—¡Asombroso!

—No tanto, si se conoce la verdad del asunto. Por lo visto, el barón Horpathy, que era riquísimo, como ya le dije ayer, depositó una inmensa fortuna en varios Bancos

de reconocida solvencia, tanto de Londres, como de Suiza, pero esa fortuna es administrada por el Lloyd's, quien se encarga de los giros semestrales. Naturalmente, el valor del dinero ha cambiado, con el pase de los tiempos, pero también la fortuna del barón ha producido cuantiosos intereses, aparte de que ni aun contando con la depreciación sufrida por las monedas desde el siglo pasado, habría sufrido apenas merma en su cifra global La cual, por otra parte, yo ignoro.

—Es… una historia increíble —dijo Payle, atónito—. De modo que desde el siglo pasado, siguen pagando sueldos…

—El barón hizo construir la casa y tomó un mayordomo a su servicio. Ese mayordomo se casó y tuvo descendencia, cosa que no sucedió con el barón. Cuando se dio cuenta de que iba a morir, el barón encargó a su mayordomo que sus descendientes continuaran cuidando de la casa, ya que el dinero no les faltaría jamás. Aquel primer mayordomo se llamaba Angus Leather.

—Oh, creo que comprendo. Usted es descendiente.

—El oficio de conservador de la casa de Cliffy's Cape es ya algo consustancial con el apellido Leather. Claro que este apellido se perderá cuando yo me case, pero uno de mis hijos continuará la tradición.

—Es maravilloso, aunque no comprendo qué sentido tiene seguir cuidando de una casa que está deshabitada.

Sybil volvió el rostro un instante.

—Todavía ayer no me fiaba demasiado de usted —manifestó—. Pero ahora empiezo a darme cuenta de que cree en la historia. Aparte de que, aunque sólo fuese por egoísmo, valdría la pena continuar en el cargo, la realidad es que los Leather debemos cumplir la promesa que el primero de los conservadores hizo al barón: esto es, seguir cuidando de la casa. Francamente, yo no lo creo, pero ya digo que el suelo es excelente y, además, tampoco es necesario que resida permanentemente en Hannah Point. A veces viajo para conocer nuevos países, otras tierras… aparte de que, en el buen tiempo, Hannah Point es un lugar muy agradable.

—Ahora es cuando no la entiendo a usted, señorita —dijo Payle.

—Bien, se trata de la leyenda de la dama de los quinientos años. Un día, alguien llegará y la despertará.

El joven sonrió.

—Vamos, la leyenda de la Bella Durmiente.

—Algo por el estilo —concordó Sybil.

—Pero usted me dijo que jamás nadie había visto el cuerpo de la baronesa.

—Muy cierto. Nadie lo ha visto…, aunque yo me imagino de sobra dónde debe estar.

—Interesantísimo. ¿Podré ver ese lugar, señorita Leather? —solicitó Payle con no fingido entusiasmo.

—Ya llegamos a la casa —respondió Sybil.

* * *

«Una mujer, que se despertará cuando alguien se incline a rozar sus labios», pensó Payle, mientras ella abría la verja de hierro que cerraba el acceso al interior de la propiedad.

También podía suceder que se tratase de una mujer vampiro. ¿No había llegado la baronesa desde Hungría, escapando tal vez a la persecución de unos vasallos irritados por las numerosas muertes que su ansia de sangre debía causar de continuo?

La casa era grande, sólida, de recios sillares de mampostería. Los más violentos huracanes del invierno no la debían afectar en absoluto. Pero resultaba tétrica, siniestra, poco acogedora. «Yo no viviría aquí por todo el oro del mundo», pensó el joven.

Sobre la recia madera de la puerta principal, situada bajo una marquesina de pizarra, divisó un extraño escudo: dos dragones entrelazados y atravesados por una espada en posición vertical. Había una leyenda en latín: *Osculus vita est*.

—El beso es la vida —tradujo.

Sybil sonrió, mientras hacía girar la llave en la cerradura.

—Sin duda, de esa divisa deriva la leyenda, similar a la que usted mencionó antes. Pero, en todo caso, ¿dónde está el cuerpo de la baronesa, para que un día pueda llegar el valiente caballero que la despierte con el calor de sus labios?

Entraron en la casa. Sybil manejó el interruptor central. Luego fue encendiendo las luces, a medida que le mostraba las diversas estancias, decoradas con un estilo ya pasado de moda, pero en perfecto estado de conservación.

Al cabo de unos momentos, entraron en un vasto salón, en donde, además de los muebles adecuados, había un piano de cola. Una de las puertas daba al vestíbulo, que era la que habían usado para entrar. La otra, sin duda, conducía a las habitaciones interiores y a la cocina.

De pronto, Payle fijó la vista en un gran cuadro, en el que se veía una hermosa mujer, retratada en tamaño natural. Payle tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no lanzar un grito.

El rostro de aquella mujer, y ahora no podía confundirse en modo alguno, era absolutamente idéntico al de Lena Swan.

—¿La baronesa? —preguntó, procurando dar a su voz una entonación normal.

—Se supone que es su retrato, aunque no hay inscripción alguna que lo confirme —respondió Sybil.

Payle se situó frente al retrato. La mujer del cuadro vestía traje largo, anticuado de estilo, lógicamente, aunque no el que hubiera correspondido a finales del siglo XV. Era un retrato muy posterior, hecho, sin duda, en la misma estancia, ya que, como fondo de la pintura, se divisaban algunos muebles que podían verse formando parte

de la decoración. Incluso la dama del cuadro estaba en las inmediaciones del piano de cola, dando la sensación de que, en cualquier momento, iba a sentarse y a interpretar una polonesa de Chopin.

El salón estaba empapelado y los dibujos del papel habían sido reflejados fielmente por el pintor. Extrañado, Payle se volvió hacia la joven.

—Señorita Leather, si esa dama es la baronesa Horpathy, ¿cómo pudo ser retratada en esta misma sala? —inquirió.

—¿Quiere usted que le diga la verdad? Sencillamente, no lo sé. Yo he conocido el cuadro desde que nací y mi padre ya lo vio cuando heredó el cargo de conservador. Para mí que el barón, antes de morir, hizo que algún pintor modificase el fondo del cuadro, al objeto de que la dama retratada pudiera verse en un ambiente más actual. Incluso el vestido tuvo que ser pintado de nuevo… pero, sintiéndolo mucho, no puedo darle más detalles. La biblioteca de la casa es muy reducida y, por más que he buscado, no he conseguido encontrar documentos antiguos que pudieran darme una pista sobre el particular.

Payle apoyó la barbilla en una mano, mientras contemplaba fijamente la pintura. Había allí algo extraño y no podía advertirlo.

¿Qué era?

La voz de Sybil sonó de pronto, arrancándole a su abstracción.

—¿Seguimos?

—Sí. Dispense, la belleza de esa mujer me había fascinado un momento… haciéndome olvidar que tengo al lado otra tan hermosa y felizmente viva.

Sybil rió suavemente.

—Es usted muy galante —contestó.

Recorrieron la casa. Después de un buen rato, Payle divisó una puertecita, situada bajo la escalera que conducía al piso superior.

—¿Adónde da esa puerta? —preguntó.

—Si lo desea, podemos bajar al sótano. Pero no verá nada, ni siquiera los trastos viejos habituales en una casa corriente. Claro, si nadie habita esta mansión, no puede haber trastos viejos.

—Muy lógico.

—Pero no quiero que se vaya sin que haya satisfecho su curiosidad. Ah, y si le han hablado del túnel de los contrabandistas, olvídelo. Es una vieja historia que no tiene fundamento. Al menos, en lo que se refiere a esta casa. El túnel no es sino una cueva de forma muy alargada, que utilizaban los contrabandistas para esconder su mercancía, pero no en modo alguno para sacarlas al exterior a través de un pasadizo secreto de la casa.

—Sí, ya entiendo.

Sybil abrió la puertecita y encendió las luces. Payle vio una escalera que conducía al interior del sótano, de grandes dimensiones. Ella Inició el descenso sin pérdida de tiempo.

La atmósfera del sótano tenía el olor a humedad habitual en un lugar cerrado durante muchísimo tiempo. Cuando llagaron al fondo, Payle divisó un enorme bloque de granito situado en el centro.

Era un paralelepípedo de dos metros de largo, por uno de ancho y otro tanto de altura. Parecía un pedestal para una estatua yacente, pero en la superficie no se veía absolutamente el menor relieve.

—¿Qué hace ahí ese bloque? —preguntó.

—Según me contó mi padre, el barón tenía intención de que le hicieran una estatua yacente de su antepasado, la baronesa Carolina. Por lo visto, trajeron el bloque, pero no la estatua. O no encontró al artista que satisficiera sus gustos. Bien, son dos metros cúbicos de granito, que representan unas cuantas toneladas, así que ¿por qué moverlo de su emplazamiento?

—Muy acertado —convino el joven—. Pero si hubiese alguna inscripción, podría suponerse que era el sarcófago donde está el cuerpo de Carolina Horpathy, ¿no le parece?

—Cierto, pero no es más que un pedestal sin su estatua.

De repente, cuando ya iban a abandonar el subterráneo, Payle notó una sombra extraña al otro lado del bloque de granito.

La curiosidad le hizo avanzar unos pasos. Rodeó la masa pétrea y, de repente, se detuvo, con los ojos desorbitados por el asombro y una rara expresión en la cara.

—¿Qué le sucede? —preguntó Sybil, alarmada.

La joven dio también algunos pasos. Payle extendió la mano.

—No se acerque, por favor.

Pero Sybil no hizo el menor caso. De repente, vio el cadáver que había al pie del bloque de piedra y lanzó un agudo grito de terror.

Sybil tenía motivos de sobra para sentirse aterrorizado, pero el sentimiento predominante en Payle era el asombro.

Porque aquel cuerpo inerte era el de Ned Holliman.

CAPÍTULO VII

Sybil se tapó la cara con las manos.

—Está muerto —gimió.

Payle se arrodilló junto al cuerpo del detective y buscó su pulso. La piel estaba fría, advirtió de inmediato, lo que le hizo saber que el fallecimiento se había producido, al menos, dos horas antes.

El enigma estribaba en saber cómo había podido llegar Holliman hasta el sótano, más que en las causas de su muerte, harto visibles por otra parte. En el centro del pecho, se veía una mancha de color rojo ya oscuro, en torno a un diminuto orificio negruzco.

Payle permaneció unos instantes junto al cuerpo. ¿Cómo había podido llegar Holliman hasta allí? ¿Quién había disparado una pistola con certera puntería?

—Sybil, supongo que en Hannah Point habrá un puesto de policía —dijo, a la vez que se ponía en pie.

—En electa, así es. Hay un jefe, con un ayudante…

—Esto es un crimen, no cabe la menor duda. El suicidio es imposible.

—¿Por qué? —preguntó ella, ya más calmada.

—Primero, no hay manchas de pólvora en tomo a la herida, lo que habría sucedido inevitablemente si hubiese sido él quien disparó el arma. Ciertamente, no es la primera vez que un suicida muere disparándose un tiro en el corazón, aunque la mayoría se lo pegan en la cabeza. Pero la pistola no aparece por ninguna parte.

—Se la habrán llevado.

—Resulta lógico, porque si el asesino hubiese querido hacer creer en la tesis del suicidio, habría dejado el arma junto al cadáver. El disparo fue hecho a una distancia superior a los dos metros, pero inferior a los cuatro o cinco.

Ella le miró sorprendida.

—¿Cómo puede afirmar tal cosa? —exclamó.

—Muy sencillo, por la certera puntería del asesino. A más de cuatro o cinco metros, resulta difícil acertar exactamente en el corazón, sobre todo, cuando no se siente la seguridad de que la presunta víctima vaya a estarse quieto. El arma es de pequeño calibre, creo, a juzgar por el diámetro del orificio. Yo me inclino a creer en un calibre veinticinco, todo lo más treinta, pero son armas que ya se usan muy poco. Lo más habitual actualmente es el treinta y ocho, pero armas cortas, por supuesto, si se trata de un revólver, o el cuarenta y cinco, cuando es pistola automática. De todos modos, insisto en el calibre veinticinco.

—Parece que tiene experiencia.

—Alguna —contestó él.

—Pero ¿qué hacía este hombre aquí?

—Sybil —dijo Payle, mientras agarraba el brazo de la joven—, lo mejor será que vaya a avisar a la policía. Luego, más tarde, hablaremos usted y yo, en la posada o, si

lo prefiere, en su casa. ¿Le parece bien?

—Desde luego, pero ¿qué piensa hacer ahora?

—Vuelvo a la posada. Quiero registrar la habitación de ese pobre hombre.

—¿Cree que Holliman ha podido dejar alguna pista?

—Vale la pena intentar encontrarla, ¿no cree?

—Desde luego. Bien, vámonos.

Subieron corriendo al vestíbulo. Sybil apagó las luces del sótano y luego hizo lo propio con todas las de la casa. Payle aguardaba ya en el exterior.

Momentos después, se separaban. Payle caminó con paso vivo, hasta llegar a la posada en un tiempo excepcionalmente breve.

Cuando llegó, vio a Emily Cranshaw hablando con un cliente. Dominando su impaciencia, supo esperar, hasta que la dueña de la posada se hubo quedado sola. Emily se acercó al otro extremo del mostrador, en donde se había situado él.

—¿Puedo servirle en algo? ¿Quiere beber alguna cosa?

—Una copa de buen escocés —pidió el joven—. Y, por favor, señora Cranshaw…

—Emily, recuérdelo —sonrió la mujer.

—Está bien, Emily. Quiero que me deje la llave de la habitación del señor Holliman.

—Oh, sí, desde luego… ¿Acaso quiere cambiarse? La suya es mucho mejor, señor Payle. Tiene mejores vistas y… Pero, qué descuidada soy; si hace un momento me han entregado una carta del señor Holliman para usted. El señor Holliman se marchó esta misma mañana, muy temprano, ¿no lo sabía?

Payle miró fijamente a la robusta mujer que tenía frente a sí. ¿Era sincera Emily o trataba de burlarse de él?

—Cuando me sirvió el desayuno, no mencionó usted la carta para nada —dijo.

—Es que en esos momentos, yo misma ignoraba que el señor Holliman se hubiese ausentado. Pensé que estaría aún en la cama, pero luego, el empleado, Bat, me entregó la carta para usted y otra para mí, con el importe del hospedaje. —Emily se volvió y buscó en el casillero—. Aquí está la carta del señor Holliman.

Payle rasgó el sobre. Dentro había una cuartilla con una breve nota:

> Amigo Payle:
>
> Lamento marcharme sin despedirme de usted, pero no quiero despertarle. He decidido que seguir adelante con este caso es una estúpida pérdida de tiempo. Cordialmente,
>
> M. Holliman.

Emily le entregó una llave.

—Sí, a pesar de todo, quiere ir a la habitación del señor Holliman, puede hacerlo —dijo.

Payle meneó la cabeza.

Ya no era necesario, se dijo. Había estado fuera de la posada casi dos horas,

tiempo más que suficiente para hacer desaparecer todo rastro de la presencia de Holliman en la casa. Aunque registrase la habitación con toda meticulosidad, ya no encontraría nada.

Forzó una sonrisa:

—Lléveme el *whisky* a una de las mesas, Emily. Muchas gracias, de todos modos —dijo.

—No hay de qué, señor Payle.

* * *

Sybil apareció casi una hora más tarde, acompañada de un individuo muy robusto, de unos cuarenta años de edad y rostro que parecía de granito. El rasgo principal de sus facciones eran las cejas, espesísimas, de tal modo, que casi parecían un solo trazo negro sobre los ojos.

—Evan, le presento al señor Corrigan, jefe de policía de Hannah Point —dijo—. Walt, el señor Payle, de Nueva York.

Los dos hombres se estrecharon la mano. Payle llamó a Emily, quien les sirvió bebidas a los hombres y una taza de café a la muchacha.

—Tengo malas noticias para usted, Evan —manifestó Sybil—. Pero será mejor que se lo diga al señor Corrigan.

—Es bien sencillo; no hemos encontrado ningún cadáver en la casa de Cliffy's Cape —manifestó el jefe de policía.

Payle se quedó boquiabierto.

—Le aseguro que ni ella ni yo lo hemos soñado —dijo—. La hora, por otra parte, no era la más indicada para entregarse a los excesos alcohólicos.

—Hemos recorrido la casa, del desván a los cimientos. No había rastro del cadáver de ese individuo.

—Así es. Evan —corroboró Sybil—. Estoy segura de que alguien se lo llevó. Tal vez sorprendimos al asesino y lo escondió en el sótano, esperando que nos marchásemos sin verlo. Luego, cuando abandonamos la casa, sacó el cadáver y lo arrojó al mar por los acantilados.

—La casa estaba cerrada —observó Payle.

Corrigan soltó una risita.

—Pudieron utilizar alguna ventana —supuso—. En una de ellas he visto señales, rozaduras y arañazos, y también me pareció ver en el suelo algunas pisadas.

—¿Quiere decir que el asesino estaba escondido cuando nosotros visitábamos la mansión?

—Muy posiblemente. Incluso cabe que oyera lo que hablaban, de modo que cuando ustedes se marcharon, bajó al sótano, cargó con el cadáver, salió de la casa y lo arrojó al mar. Hay un punto donde la distancia del borde al mar es de más de

cincuenta metros. Pero el tiempo es muy malo ahora y habremos de esperar a que se calmen las aguas, para registrar la base de los acantilados.

—Sin embargo, la casa está en una meseta y es visible desde las primeras casas del pueblo y no digamos desde aquí. ¿No se le ha ocurrido pensar que alguien pudo ver al asesino cruzar la meseta, cargado con el cadáver?

—Cierto, si hubiese caminado en línea recta desde la fachada este, que es la opuesta a la de la entrada y más ancha que las de los lados norte y sur. Pero sí caminó a partir de la fachada norte, nadie le vio, porque la casa le ocultó por completo.

Payle volvió los ojos hacia la joven.

—Entonces, ¿qué rae sugiere usted?

Sybil trató de sonreír.

—Evan, yo mismo me siento todavía muy impresionada, pero le aconsejo deje el caso en manos del señor Corrigan. Él hará todos los posibles para encontrar el cuerpo de la víctima y a su asesino.

—Lo encontraré —aseguró, enfático, el jefe de policía, a la vez que se ponía en pie—. Sybil, ¿te llevo en mi coche?

—Gracias. Voy ahora mismo.

Corrigan se marchó, discreto, dejando solos a los dos jóvenes. Sybil se había puesto en pie y adelantó el busto un poco.

—Evan, le confieso que me siento muy asustada —dijo a media voz—. Me costará mucho reunir el valor suficiente para volver de nuevo a la casa.

—Si es necesario, yo la acompañaría con mucho gusto.

—Gracias. Corrigan ha insinuado la posibilidad de que se trate de un asunto sucio entre contrabandistas. Quizá Holliman no era lo que decía.

—Es posible.

Sybil le tendió una mano.

—Hoy no me siento en condiciones para ello. Tal vez otro día le invite a cenar en mi casa —se despidió.

—Será un placer —aseguró Payle.

Momentos después, oyó el ruido del motor del coche que arrancaba con un fuerte rugido. Pensativo, estuvo unos momentos inmóvil hasta que, de pronto, alzó una mano y llamó.

—¡Emily, por favor, otra copa!

—Al momento, señor.

La posadera vino con la botella en la mano. Payle le hizo una pregunta:

—Emily, ¿cómo es que no me ha mencionado usted nunca la leyenda de la casa de Cliffy’s Cape? Me refiero a la dama de los quinientos años.

—Oh, tengo mis motivos, señor Payle —contestó la mujer, displicente—. Antiguamente sí la contaba a mis huéspedes y algunos viajeros que se detenían a tomar un trago. Pero luego me di cuenta de que era una tontería y que nadie creía la historia. Al contrario, me tomaban por una aficionada al licor…, así que, callando,

evitaba las burlas que inevitablemente se hacían a mi espalda. ¿Lo comprende ahora?

—Perfectamente lógico —convino el joven—. Pero, dígame, ¿qué opina usted de la leyenda?

—Tal vez haya algo de cierto, señor —respondió la posadera con un extraño acento, en el que Payle creyó hallar algo de miedo.

Payle tomó un sorbo del licor.

—¿Quién será el gallardo príncipe que despertará a una mujer que duerme desde hace más de cinco siglos? —murmuró.

* * *

De repente, despertó en la noche, presa de una extraña sensación que no acertaba a definir. Aunque estaba en la cama, se sentía infinitamente cansado, como si hubiera caminado decenas de kilómetros de un solo tirón.

Aprensivo, encendió la luz. Se tocó el rostro y lo notó un poco caliente. Quizá tenía fiebre. En el baño había aspirinas.

Cuando se levantó, sintió que las piernas apenas podían sostenerle. Vacilando como un beodo, fue al baño, encendió la luz y se acercó al armario contiguo al espejo.

De repente, sintió que se le erizaba todo el vello del cuerpo.

Aquel rostro que reflejaba el espejo no era el suyo. No, él no era el hombre de rostro ya arrugado y con el cabello casi completamente blanco… como en la fotografía en que le anunciaban el aspecto que tendría al cumplir los sesenta y dos.

El terror más absoluto invadió su mente. Envejecía con increíble rapidez. En tres días, había recorrido treinta años de su tiempo.

Tres días más y tendría noventa y dos… y moriría tan horriblemente como Wendy Meil y Dorothy Pelham.

Retrocedió, sintiendo que su corazón latía alborotadamente. Un impulso maquinal le hizo apagar la luz del baño.

Volvió a la cama. Los dientes entrechocaban ruidosamente. La amenaza de las fotografías era cierta, se estaba realizando.

Al cabo de unos momentos, empezó a tranquilizarse. Se puso una mano ante los ojos y trató de esforzarse en darse ánimos a sí mismo. No, no envejecía; todo era un sueño, una pesadilla, tan profundamente grabada en su cerebro, que incluso despierto le había hecho ver algo que no era realidad.

Pasado un largo rato, empezó a dormirse. Entonces, de repente, surgió ante sus ojos el bello rostro de la baronesa Carolina Horpathy.

CAPÍTULO VIII

Pero no era la baronesa Horpathy.

—Lena… —llamó, suplicante, a la vez que alargaba los brazos.

Ella sonreía con extraordinaria dulzura.

—Evan —murmuró.

—Te he echado tanto de menos. Sé que me hiciste algo cuando nos vimos en Nueva York…, pero no me importa…

—¿Me amas, Evan?

—Con toda mi alma… Me dejaría matar por ti…

Ella se le acercó todavía más. ¿Era un fantasma? ¿Soñaba?

—No quiero que mueras —dijo.

—Háblame… ¿Dónde has estado todo este tiempo? ¿Por qué no volviste a verme?

Sentada en el borde de la cama. Lena acarició con una mano su frente ardorosa.

—No hagas preguntas —dijo—. Un día conocerás la verdad…

Payle tomó sus manos. Ella seguía sonriendo.

De pronto, él la atrajo hacia sí. No, no era un sueño: su piel de seda, su hermosa cabellera negra, los ojos llenos del brillo de la pasión, los labios cálidos y palpitantes…

Cuando la besó, dejó de ver su rostro. Pero no le importaba, porque la tenía en sus brazos.

Mucho más tarde, despertó y vio que era de día. Estiró los brazos voluptuosamente. El tiempo tendía a mejorar, apreció a través de la ventana.

De súbito, recordó los sueños de la noche anterior. Aterrado, salió de la cama y corrió al baño. Al mirarse ante el espejo, lanzó una alegre carcajada.

—¡No estoy envejecido! —exclamó, rebosante de júbilo.

Todo había sido una pesadilla. Incluso la presencia de Lena en su dormitorio. Claro que el segundo sueño había sido infinitamente más placentero que el precedente.

—Lástima —suspiró, mientras se metía bajo la ducha—. ¿Será verdad que me he enamorado de ella?

Cuando terminó en el baño, volvió al dormitorio. Dio dos pasos en el interior de la estancia y se detuvo, repentinamente convertido en una estatua.

La almohada presentaba inequívocamente los huecos de dos cabezas. Pero no era sólo eso lo que llamó su atención, sino el menudo trozo de tela, del tamaño de un escudo policial, que estaba sobre el hueco correspondiente a la cabeza.

En el trozo de tela y en vivos colores, había pintado el escudo de los Horpathy, con la extraña divisa que había podido leer en la puerta de la mansión. La divisa adquirió de repente un extraordinario significado para él.

«El beso es la vida», murmuró.

Tomó con dos dedos el trozo de tela y se lo acercó a la nariz. Despedía un extraño perfume, suave, delicado… y ya lo había aspirado antes en dos ocasiones.

Entonces, súbitamente, comprendió que la presencia de Lena había sido real, pero que, por alguna razón que no se le alcanzaba, no quería que se supiese de su estancia en el dormitorio. Se inclinó hacia adelante y acercó la nariz a la almohada.

Inmediatamente, fue al baño y tomó su loción para el afeitado, de la que derramó unos generosos chorros sobre la almohada. Las manchas de humedad se secarían pronto, pero la persona encargada de hacer la cama no percibiría otro olor que el de un perfume varonil.

Cuando bajó al comedor, saludó alegremente a la posadera.

—Tengo un hambre de lobo, Emily —anunció.

—El desayuno estará en seguida, señor. Ah, tiene una carta…

—Tráigamela, por favor.

El optimismo de Payle no desapareció al encontrar la cuarta fotografía, en la que se le representaba con la edad de setenta y dos años. La misiva tampoco le quitó el apetito.

* * *

Sybil abrió la puerta apenas le vio cruzar el jardín.

—Tiene un magnifico aspecto —observó.

—He dormido como un leño. Procuré no pensar en lo que había visto en la casa de los acantilados y así pude conciliar el sueño sin más inconvenientes.

—Le envidio sinceramente. A mí me costó una enormidad dormirme. ¿Desea una taza de café?

—Gracias, pero acabo de desayunar. Sybil, ¿sería indiscreto por mi parte pedirle la llave de la casa de Cliffy’s Cape?

—¿Quiere investigar por su cuenta?

—Bien, lo que menos me gustaría es molestarla a usted. Pero si prefiere acompañarme.

Sybil rió argentinamente.

—El cargo de conservadora me da muy poco trabajo —respondió—. Prácticamente, me paso el día mano sobre mano. Espere un minuto; en seguida estaré con usted.

—Perfectamente.

Minutos más tarde, emprendían la marcha hacia la casa de los acantilados. Durante el camino, comentaron los acontecimientos de la víspera. Sybil se sentía pesimista.

—El cadáver de Holliman no se encontrará nunca —afirmó—. El mar es bastante profundo en aquella parte y, además, las rocas del fondo son muy agudas, por lo que

el cuerpo habrá quedado destrozado. Antes de que los restos puedan volver a la superficie, ya habrán sido devorados por los peces.

—Con lo que el asesino se habrá librado de un cadáver que le compromete enormemente.

—Así es. Conviene ser sensato, Evan.

—Estoy de acuerdo con usted. En realidad, se trata de un turbio asunto, que resultará muy difícil de esclarecer, si es que se consigue algún día.

Minutos más tarde, llegaban ante la verja. Payle se volvió hacia la casa que había a poca distancia, entre los árboles.

—¿Conoce usted a su dueño? —preguntó.

—Sí, aunque la relación es mínima. Dumbarton es un tipo bastante raro y apenas se deja ver en la población.

—¿Vive solo?

—Tiene dos acompañantes, aunque él les llame por el anticuado nombre de criados. Uno de ellos desempeña también el cargo de chófer, en las escasas ocasiones que Dumbarton abandona la casa. Algunos dicen que parece un monje…

—¿Y usted?

—Bien, creo que sufrió un grave desengaño amoroso hace algún tiempo y se retiró aquí. Tiene una bonita fortuna y puede permitirse el lujo de vivir de sus rentas. Además, escribe, aunque no conozco los temas de que tratan sus escritos.

—Entonces, será un hombre joven.

—No, ya ronda el medio siglo. Pero, cuando se ama, ¿es un obstáculo la edad?

—A veces —sonrió él.

Cruzaron el espacio que había entre la verja y la casa, pero antes de entrar en ésta, Payle quiso acercarse a los acantilados.

Se estremeció al ver la altura que había hasta las olas. Un hombre que cayese desde allí, perecería inexorablemente.

—Si la propiedad fuese mía, haría poner una barandilla en todo el sector del acantilado que pertenece a la casa —dijo.

—Ya lo he pensado, pero si nadie va a habitar la mansión…

—Salvo la baronesa, cuando despierte.

Sybil sonrió evasivamente.

—Si no le importa, la recorreré por completo, ya que ayer no estuve en el desván.

—No hay inconveniente, Evan.

La visita resultó infructuosa. Cuando regresaban. Payle se preguntó si no estaba perdiendo el tiempo.

* * *

Por la noche cenó tranquilamente. Había algunos clientes de la taberna y

contempló sus partidas de dardo. Alrededor de las diez, subió a su dormitorio y se acostó.

—Lena, ¿dónde estás? —musitó, al apagar la luz.

Mucho más tarde, despertó súbitamente. Sin hacer el menor ruido, se despertó y empezó a vestirse. Metió la linterna en uno de los bolsillos de su chaquetón y salió de la posada, con el mismo sigilo que había empleado en otra ocasión.

Media hora más tarde, se detenía ante la casa de Dumbarton.

* * *

Lenta y cautelosamente, se acercó al edificio. No se percibía el menor ruido en el interior, ni tampoco se advertían luces.

Con gran cautela, alzó el bastidor inferior de una de las ventanas y aguzó el oído. Continuaba el silencio.

Entró en la casa. Las zapatillas de suela blanda que había usado para la ocasión, amortiguaban por completo sus pisadas Encendió la linterna y avanzó paso a paso, hasta salir a un vestíbulo, en el que se divisaban tres puertas.

Eligió una de ellas y la abrió. La luz de su lámpara iluminó una escalera que se hundía en el interior del subsuelo Paso a paso, bajó, hasta encontrarse ante un espacioso sótano, en el que había un par de mesas adosadas a la pared, sobre las cuales se veían numerosos instrumentos quirúrgicos.

Sin embargo, no fueron las mesas lo que llamaron la atención de Payle, sino la hermosa joven que yacía en el centro, sobre una cama de operaciones, absolutamente desnuda y sujeta a la misma por varías abrazaderas de metal, que la impedían el menor movimiento.

Ella le miró con ojos suplicantes.

—Ayúdeme, por favor. Voy a morir de una forma horrible.

Payle miró a su alrededor. Sobre una butaca divisó ropas femeninas.

—No haga el menor ruido —aconsejó.

—Sí, pero… dese prisa; ellos volverán pronto…

Payle buscó los resortes que permitían la apertura de las abrazaderas. Mientras los presionaban sucesivamente, dio su nombre.

—Yo soy Ethel Wheeler. Vine aquí creyendo que había encontrado un buen empleo… y me encontré con una partida de sádicos…

—Olvide eso ahora. Vamos, vístase, pronto, no tenemos tiempo que perder.

Ethel abandonó la mesa de operaciones y corrió a ponerse sus ropas.

—Me trajeron aquí, narcotizada, después de la cena. Desperté hace unos momentos y grité, pero nadie acudió —explicó, mientras se vestía precipitadamente —. Cuando le vi a usted, el instinto me dijo que no debía gritar más…

—Hizo bien —sonrió Payle—. Señorita Wheeler, voy a darle un consejo.

—Sí, sí, lo que usted diga.

—Guarde silencio sobre lo que le ha pasado. Nadie la creería, ¿comprende?

—Lo único que quiero es verme a mil millas de distancia. ¿Por dónde se sale, señor Payle?

Ethel se había vestido ya. El joven agarró una de sus manos y tiró de ella.

—Silencio —insistió.

Momentos después, salían por la ventana. Payle procuró dejar el bastidor en su primitiva posición.

—Supongo que sabrá conducir, Ethel —dijo.

—Desde luego.

—Bien, entonces, no se hable más. La llevaré a mi automóvil. No se preocupe por el coche; ya me lo devolverá algún día.

Echaron a correr por el camino, pero antes de alcanzar la carretera, Payle abandono el camino que conducía a las dos posesiones y atajó por el trozo cubierto de hierba.

De repente, oyeron gritos.

—¡Se ha escapado!

—¡Imbéciles, una vez más habéis fracasado…!

—Estaba absolutamente segura; alguien la ha soltado.

—Creo que van por allí. Vamos, vamos…

De repente, estallaron unas detonaciones.

—Corra, Ethel, por el amor de Dios —dijo Payle.

La joven estaba a punto de derrumbarse por la fatiga. Payle se dio cuenta de que los disparos sonaban al otro lado de las voces. ¿Quién les ayudaba tan oportunamente?

—Nos atacan —gritó uno.

—¡Cuerpo a tierra!

—Animal, ¿crees que estás en la guerra?

—No, pero las balas también silban, pedazo de estúpido…

Payle estuvo a punto de romper en una estentórea carcajada. De repente, vio una masa oscura parada a poca distancia.

—Ahí está el coche.

Momentos después, abría la portezuela. Empujada por Payle. Ethel se sentó tras el volante.

—Las llaves están puestas. El depósito está a rebosar.

Ethel le dirigió una mirada de gratitud.

—¿Cómo poder pagárselo algún día? —dijo.

—Vaya a verme en Nueva York. —Payle le entregó su tarjeta—. Pero no vuelva por aquí.

—Jamás, en los días de mi vida —prometió Ethel.

Dio el contacto y el motor rugió satisfactoriamente. Ethel encendió las luces y

arrancó como una centella. Payle saltó a un lado y se zambulló al otro lado de unos arbustos.

Las voces se dejaron oír de nuevo, pero también los disparos. El desconcierto entre los habitantes de la otra casa debía de ser enorme, pensó el joven, mientras se deslizaba como una sombra entre la vegetación.

Cuando llegó a la posada, todo estaba nuevamente tranquilo. Subió a su habitación y, precavido, cerró con doble vuelta de llave. Cansado, pero satisfecho, se tendió en la cama, apagó la luz y, a los pocos momentos, dormía profundamente.

CAPÍTULO IX

Despertó bien entrada la mañana, sintiendo una cierta fatiga, que esperó se le pasara bien pronto.

—Bueno, vamos a ver ahora qué aspecto tengo a los ochenta y dos años.

Porque, estaba seguro, cuando bajase al comedor, se encontraría con una carta y una fotografía.

Silbando, se encaminó al baño. De repente, se quedó parado.

En un instante, acababa de recordar los acontecimientos de la noche pasada.

Todas sus acciones desfilaron ante su mente con la velocidad del relámpago. ¿Qué le había hecho despertarse pasada la medianoche?

¿Por qué había ido a casa de Dumbarton? ¿Cómo había sabido moverse por el interior del edificio con absoluta seguridad?

¿Quién le había indicado que allí encontraría a una hermosa joven llamada Ethel Wheeler? Y ¿cómo sabía que había un automóvil dispuesto, en la carretera, que conducía hacia el oeste?

Se pasó una mano por la frente. Alguien había infiltrado en su mente la idea de ejecutar aquellos actos. Pero ¿quién?

¿Lena?

—Si has sido tú, ¿por qué no te dejas ver? —clamó, frenético.

Ahora tenía la sensación de que Lena se hallaba en alguna parte. Escondida, no cabía duda. Pero ¿por qué?

¿Temía a alguien?

¿De quién tenía miedo? ¿De la policía tal vez?

En este caso, había cometido algún delito en tiempos y ahora le ayudaba como una especie de expiación de sus faltas. Pero, de pronto, adquirió la convicción de que Lena temía por su propia existencia.

Realmente, habían estado juntos sólo en tres ocasiones, pero se daba cuenta de que Lena sería en lo sucesivo la mujer de su vida.

—Ahora bien, si hace dos noches vino por sí misma, volverá otra vez y quizá no tarde demasiado —se dijo, lleno de esperanza.

Minutos más tarde, bajaba al comedor.

—Las vacaciones le sientan estupendamente, señor Payle —sonrió la oronda posadera—. Cada día se levanta más tarde.

—En realidad, si no tengo nada que hacer, ¿para qué madrugar? Además, esto no durará mucho; pronto tendré que volver a la rutina del trabajo diario, amarrado a mi mesa de oficina…

—Pero esa rutina le permite vivir —dijo Emily, filósofa—. Está bien, le traeré el desayuno.

Con el desayuno, llegó una carta. Esta vez, aunque el mensaje indicaba que la edad era de ochenta y dos años, resultaba un poco más largo y terriblemente

amenazador:

Las personas sobrepasan raramente los noventa años. Y es más raro todavía llegar a centenario.

El significado del mensaje era clarísimo: le quedaban dos días de vida, tres como máximo. Pero aquella amenaza no fue suficiente para borrar su optimismo.

Lena estaba cerca, en alguna parte. La encontraría y lucharían ambos contra las fuerzas del mal.

* * *

Después del desayuno, salió de la posada y emprendió un paseo, sin prisas, que le llevó media hora después a las inmediaciones de la casa de los acantilados. La residencia de Dumbarton parecía tranquila, incluso deshabitada, pero Payle tuvo la sensación de que alguien le espiaba tras alguna de las ventanas.

Siguió andando en dirección norte y dobló la esquina de la tapia, que terminaba en el borde del acantilado. Volvió la vista hacia atrás; Dumbarton y sus secuaces no podían verle desde allí.

A metro y medio del final de la tapia, había un resalte en el acantilado. Con grandes precauciones, se descolgó hasta aquel pequeño saliente, que no tendría más de palmo y medio de anchura y luego se deslizó lateralmente, a pequeños pasitos, hasta pasar al otro lado del muro. Se izó a pulso y pasó al interior de la propiedad.

—Si yo fuese el conservador, alargaría el muro con unos buenos salientes de hierro —murmuró.

Ahora caminaba con paso rápido hacia la casa. Quería comprobar una sospecha. No sabía cuándo le había vuelto a la memoria, pero necesitaba asegurarse a sí mismo de la verdad o del error. Permanecer en la incertidumbre no le gustaba en absoluto.

Cuando llegó a la mansión, probó la puerta posterior. Estaba cerrada con llave, cosa que no le sorprendió. Luego probó algunas de las ventanas; todas estaban aseguradas, de modo que era imposible alzar los bastidores.

Pero las consecuencias de su acción le tenían sin cuidado. Golpeó un cristal con el codo, lo rompió y luego metió la mano por el hueco. Instantes después, entraba en la casa.

Algunas cortinas estaban descorridas en parte. Payle terminó de descorrer las correspondientes a las ventanas del salón, a fin de que entrase la luz a raudales. Una vez conseguido, se plantó frente al cuadro que representaba a la baronesa Carolina Horpathy. ¿Era cierto que el cuerpo de la dama permanecía en alguna parte, esperando desde hacía cinco siglos el beso que la haría despertar?

«El beso de la vida», murmuró, recordando la singular divisa de los Horpathy. Maquinalmente, se tocó el lado izquierdo del pecho, donde guardaba el trocito de tela que Lena había dejado sobre la almohada.

De repente, frunció el ceño. Una voz más, reparó en algo extraño que se observaba en el cuadro. Al cabo de unos momentos, se acercó a la pared y pasó las yemas de los dedos sobre el papel de la decoración.

Luego agarró una silla y se subió en el asiento, situándose muy cerca del cuadro, que examinó centímetro a centímetro. Minutos más tarde, saltó de nuevo al suelo.

Volvería en otro momento. Ahora había ido con las manos desnudas y no quería trabajar inútilmente. Necesitaba procurarse algunas herramientas: unos alicates, un buen destornillador, una navaja bien afilada…

Corrió las cortinas de nuevo y utilizó la misma ventana para salir a la meseta. Caminó con paso rápido hasta el borde y se dispuso a bajar al resalte.

Entonces, al mirar instintivamente hacia abajo, vio algo que llamó notablemente su atención. Era una gran piedra de forma regular, que sobresalía parcialmente de las aguas, mucho más calmadas tras la mejoría del tiempo.

La piedra le pareció tener una forma conocida. De todos modos, se dijo, la idea de construir una escollera en aquella parte de la costa resultaba absurda. Además, sólo había un bloque de piedra, lo que significaba que no podía pertenecer en modo alguno a un proyecto que ni siquiera se había realizado.

Extrañamente satisfecho, volvió sobre sus pasos, pero esta vez se encaminó a la población. Encontró una ferretería y compró las herramientas, que envolvió cuidadosamente. A la noche volvería a la casa de Cliffy’s Cape.

Cuando se disponía a emprender el regreso a la posada, vio un rótulo sobre una puerta: «Pólice Station». Un hombre de uniforme estaba en la entrada y le saludó amablemente, llevándose la mano a la gorra. Payle contestó con una cortés sonrisa y siguió andando.

Poco después, entró en la posada. Emily oyó la campanilla y se hizo visible tras el mostrador.

—Ah, es usted, señor Payle. La señorita Sybil ha llamado.

—Fui a dar un paseo. ¿Quiere indicarme su número de teléfono?

—Llame al 0337. Ella le invita a cenar esta noche, pero quiere conocer su respuesta.

—Sí, con mucho gusto.

Payle se acercó a la cabina situada en un rincón del sector destinado a taberna. Con mucho gusto aceptaría la invitación de Sybil, se dijo.

* * *

Después del último trozo de pastel, Payle se limpió los labios con la servilleta, a la vez que se echaba hacia atrás en b silla.

—No debo ser incorrecto, pero a veces la sinceridad es preferible. ¡Me he hinchado!

Sybil se echó a reír.

—A la cocinera siempre le gusta que su invitado coma a gusto y repita de todos los platos, si es posible —dijo—. ¿Café?

—Aceptaré sólo una taza, gracias.

—Bien, entonces vaya al saloncito. Estaré con usted en seguida.

Payle encendió un cigarrillo y se dirigió al salón. Tomó asiento en un diván y empezó a pensar en la conversación sostenida con Sybil durante la cena. Se preguntó si podría ir luego a la casa de los acantilados. El paquete con las herramientas había quedado tras unos matorrales del camino, a fin de no llevarlo consigo y evitar preguntas indiscretas.

Le pareció que Sybil se retrasaba un tanto. Flemático, dejó el cigarrillo en un cenicero. De pronto, notó un leve golpe en el diván.

Volvió la cabeza. Alguien había lanzado una bola de papel a través de la ventana que tenía a sus espaldas y que había abierto sin que lo advirtiera. El papel parecía contener un mensaje y así era.

El papel, además, contenía una píldora de color oscuro, de unos cinco milímetros de diámetro. La nota escrita decía:

> Tómate la píldora, rápido, rápido…

Era una letra de mujer, le pareció, pero daba la sensación de que había escrito precipitadamente. Inmediatamente, presintió la identidad de la autora del mensaje.

Ingirió la píldora y guardó el papel en el bolsillo. Un minuto más tarde, apareció Sybil con una bandeja en las manos.

El cambio operado en la joven era asombroso. Payle se quedó sin aliento.

Era una mujer enteramente distinta. Tenía el pelo suelto y su esbelto cuerpo estaba cubierto por una prenda que no tenía definición posible. Lo mismo podía ser bata, que túnica o un vestido…, pero, en todo caso, era muy transparente y permitía advertir que debajo de la prenda no había otra cosa que un cuerpo escultural.

—¿Se ha quedado sin habla, Evan?

Payle carraspeó.

—¿No le parece que es motivo suficiente para quedarse mudo?

Ella se echó a reír.

—Vamos, tómese el café —indicó—. No irá a decirme ahora que nunca ha visto a una mujer con una bata.

—Si eso es una bata, nunca la había visto… tan transparente.

—Es muy cómoda. ¿Un terrón de azúcar?

—Sí, por favor.

Sybil se sentó a su lado. Payle tomó el café a pequeños sorbitos. En aquellos instantes se había olvidado por completo de la droga ingerida minutos antes. Ella aparecía ahora fascinadora, envuelta en una irresistible aura sensual, que no había mostrado hasta entonces en ningún momento.

Vació la copa y miró a la joven.

—¿Son frecuentes estas invitaciones a cenar… a otras personas y con semejante atavío?

—Depende de la persona. No todas se lo merecen.

—¿Y yo?

—Se lo ha merecido.

—¿Puedo saber las causas?

—¿Por qué no tratas de averiguarlo por ti mismo?

Era un claro reto. Payle alargó los brazos y atrajo a la joven hacia sí. Su boca se confundió con la de Sybil en un interminable beso.

De pronto, ella le rechazó suavemente y puso las manos en su pecho.

—Evan, ¿me oyes bien?

—Perfectamente —contestó el joven.

—Entonces, presta atención a lo que voy a decirte.

—Sí, preciosa.

—Ve a la meseta y tírate por el acantilado.

* * *

Payle miró fijamente el bello rostro que tenía frente a sí. El pecho de Sybil palpitaba con violencia. En sus ojos había una expresión homicida, un ansia de sangre, que le hizo sentirse aterrado durante un segundo.

Sin embargo, supo conservar la impasibilidad.

—Sí, querida.

Con movimientos un tanto mecánicos, se puso en pie, fue hacia el vestíbulo y se puso el chaquetón.

—Te olvidas la gorra, Evan —avisó ella.

Payle descolgó del perchero la gorra a cuadros. Abrió la puerta y salió a la calle.

El viento frío de la noche le dio en la cara. Ahora comprendía la utilidad de la píldora.

—Lena, ¿te debo la vida? —murmuró, mientras caminaba con paso rápido hacia la bifurcación de caminos.

Por el momento, siguió anclando sin volver la cabeza. Al cabo de un rato, lo hizo.

Estaba solo en el camino. Un poco más adelante, saltó a un lado y se apoderó del paquete con las herramientas. Era de forma alargada y no demasiado voluminoso, por lo que pudo esconderlo sin dificultad bajo el chaquetón.

Minutos más tarde, oyó pasos tras él, pero no volvió la cabeza. Continuó caminando con paso normal un tanto rápido.

La excursión de la mañana le había servido para conocer el camino, aparte de que la luna, aún en menguante, daba la suficiente luz para ver sin dificultad. Un cuarto de

hora más tarde, alcanzó el borde del acantilado, junto al final de la tapia.

—Ahora viene lo difícil —se dijo.

Inspiró con fuerza. Si fallaba, la caída resultaría auténtica.

Saltó, girando al mismo tiempo sobre sí mismo. Puso los pies sobre el resalte y se encogió, para no ser visto. Luego, con gran rapidez, se deslizó lateralmente, llegó al otro lado de la tapia, saltó de nuevo a la meseta y, sin hacer el menor ruido, corrió unos metros, para tenderse en el suelo, entre unos hierbajos.

Oyó pasos precipitados. Luego voces:

—¿Ha dado resultado?

—Sí —contestó Sybil.

—¿Seguro?

—No seas estúpido. Le he visto saltar. Y tú también, aunque estabas más lejos.

—Bueno, en todo caso, nos hemos deshecho de un tipo molesto. Tal vez mañana encuentren el cuerpo. Aunque hay mucha profundidad.

—Eso ya no debe importamos —contestó Sybil—. Hay otras cosas que deben preocupamos mucho más.

—Ella.

—Sí. Desapareció, pero anda por alguna parte. No dormiré tranquila hasta que sepa que está muerta.

—Resultará difícil encontrarla. Nos equivocamos con esa chica; es mucho más lista de lo que parece. Bien, dejémoslo por ahora. ¿Te ocuparás tú de hablar con Emily?

—Descuida.

Las voces se alejaron. Payle se puso en pie.

La casa estaba a menos de cien metros de distancia. Pero aquella noche, se dijo, no valía la pena correr el riesgo de un registro. Lo dejaría para la noche siguiente…, aparte de que quería dar un buen susto a la persona que le había ordenado suicidarse.

CAPÍTULO X

Por la mañana, bajó al comedor algo más temprano de lo ordinario. Junto al mostrador, había un tipo al que no conocía, charlando con la dueña de la posada.

—Buenos días, Emily —saludó jovialmente—. Hace un tiempo espléndido, ¿verdad? Tengo un apetito de lobo y voy a comerme hasta la taza del café.

Emily estaba muda, lívida, sin fuerzas para hablar. El sujeto que se hallaba al mostrador le miraba como si fuese un fantasma.

—Bien, cuando guste, Emily —añadió Payle, mientras se dirigía con toda naturalidad hacia el comedor.

De pronto, el hombre corrió hacia la puerta y abandonó la posada. Emily reaccionó y se encaminó hacia el interior.

—Ahora le llevaré el desayuno, señor Payle.

Al quedarse solo, Payle se levantó y corrió hacia el teléfono. Desenroscó el micrófono y quitó a pieza interior, que guardó en un bolsillo. Luego volvió tranquilamente a la mesa. Si Emily quería avisar a alguien, no podría hacerlo.

El desconocido le preocupaba un tanto. ¿Era alguno de los secuaces de Dumbarton?

Mentalmente, agradeció la intervención de Lena. Aquella píldora había anulado por completo los efectos del potente narcótico que Sybil había puesto en su café. ¿Qué habría sucedido de no haber ingerido la píldora?

Se estremeció. Era preferible no pensar en ello.

Emily vino a poco con la bandeja del desayuno.

—Vaya —comentó Payle, jovial—, hoy no tengo ninguna carta.

—Es un poco pronto. El correo se reparte más tarde.

—Sí, ya me imagino. Bueno, yo me iré a pasear; guárdeme la carta para mi regreso.

—Muy bien, señor Payle.

Emily se marchó, dirigiéndose rectamente hacia la cabina telefónica. Payle se sintió satisfecho al compro bar que no había otro teléfono en la casa. La dueña de la posada tenía que utilizar el mismo que sus clientes.

Payle vio a Emily marcar un número y hablar algo, pero, a los pocos momentos, dejó el aparato en la horquilla, con un manotazo. Emily había podido oír la voz de otra persona, pero a ella no la habían oído.

Terminó el desayuno y se dirigió hacia la puerta.

—Voy a darme una vuelta por el puerto —anunció.

Caminó tranquilamente. Minutos más tarde, pasaba frente a la puerta de la casa de Sybil.

Ella estaba en el jardín, cuidando unas rosas.

—¡Buenos días, Sybil! —saludó desenvueltamente—. Un tiempo espléndido, ¿verdad? —Avanzó hacia ella y tomó sus manos, a la vez que la miraba intensamente

a los ojos—. Anoche… una velada maravillosa —murmuró con fingido apasionamiento—. Jamás lo olvidaré, puedes creerme. Querida, ¿cuándo me invitas otra vez a cenar? ¿Mañana?

—Sí…, si tú quieres… —tartamudeó ella.

—Mañana —confirmó Payle—. Veo que ahora estás ocupada; de lo contrario, te invitaría a dar un paseo. Hasta luego, encanto.

Salió del Jardín y continuó su camino hacia el puerto. A los pocos segundos, se volvió.

Sybil estaba ya en el interior de la casa. Payle sonrió. Se imaginó a la joven, hablando desesperadamente por teléfono con… ¿Dumbarton?

De pronto, la sonrisa se borró de sus labios.

—Lena, ¿dónde estás? —musitó, con desesperación.

El día transcurrió lentamente Payle pasó largas horas en su cuarto, leyendo una novela policíaca que había comprado en la librería del pueblo. A las siete y media. Emily llamó a la puerta y anunció que ya tenía la cena preparada.

Payle abrió la puerta.

—Oh, cuánto lo siento, Emily. Me había olvidado; esta noche voy a cenar en el restaurante del puerto. He visto la carta y hay un plato de pescado que promete mucho… No es que desprecie su cocina, pero tengo ese capricho. Usted me comprende, ¿verdad?

—Sí, claro, señor Payle. Dispénseme.

—En todo caso, es usted la que debe disculparme, por no haberla avisado a tiempo. Gracias, Emily.

La posadera se marchó. Payle se preguntó qué motivos la habían impulsado a entrar en aquella banda. Tal vez el dinero, simplemente… La posada no parecía un negocio demasiado boyante. Hannah Point no era precisamente una localidad turística y el movimiento de forasteros y más en aquella época del año, era muy escaso.

El anuncio de la cena en el restaurante del puerto era, simplemente, un movimiento de defensa, contra un posible narcótico en la cena. Puesto que había declarado sus intenciones, decidió llevarlas a la práctica.

La cena no era gran cosa, pero tenía la ventaja del pescado fresco. Al fin, las barcas habían podido salir a la mar. Junto a una de las ventanas, Payle contemplaba los reflejos de las luces del puerto sobre las aguas El pavimento del suelo, de grandes losas, estaba brillante por la humedad.

Alrededor de las nueve, abandonó el restaurante. Ya no se veía a nadie por las calles. Hannah Point era una ciudad donde sus moradores se recogían muy pronto.

Caminó cuesta arriba. En casa de Sybil no se divisaba ninguna luz. ¿Había ido a entrevistarse con Dumbarton?

Minutos más tarde, recogía el paquete con las herramientas. Luego continuó andando. Al llegar a la meseta, se pegó a la tapia. Había luces en la residencia de Dumbarton y no le convenía ser visto.

De nuevo volvió a entrar en el recinto, utilizando el mismo camino. Tardó muy poco en situarse ante la ventana que había utilizado para entrar dos días antes en la casa.

Levantó el bastidor. Instantes más tarde, se hallaba ante el cuadro.

Con la linterna, examinó la pintura. El hermoso rostro de Lena parecía algo vivo. Una vez más, se preguntó dónde podía hallarse la joven.

Pero no tenía tiempo que perder. Para su trabajo, necesitaba luz y fue a conectar el interruptor general, cuidando de que todas las cortinas estuviesen corridas. Regresó al salón y estudió con todo cuidado los fondos de la pintura.

—¿Buscas algo en el cuadro?

La voz, que había sonado inesperadamente a sus espaldas, le hizo estremecerse de pies a cabeza.

* * *

—Espero no estar soñando —dijo, pasados unos momentos—. En los últimos tiempos, me he acostumbrado ya a verte sólo en sueños.

Lena rió suavemente y se acercó a él, para agarrarse a su brazo y apoyar la cabeza en el hombro.

—Ahora no sueñas —murmuró.

Payle pasó un brazo en torno a la esbelta cintura de la joven.

—Tienes que contarme muchas cosas —dijo.

—Luego —respondió ella—. ¿Tomaste la píldora?

—Estoy vivo, ¿no?

—Pretendían narcotizarte, para obligarte a hablar.

—Algo más peligroso. Ella me ordenó tirarme por los acantilados.

Lena se estremeció fuertemente.

—Entonces, es peor de lo que había supuesto —dijo.

—No hay duda, querida. Lena, ¿dónde te has escondido? ¿Por qué no te dejabas ver?

—Mi vida también peligraba. En realidad, he estado en peligro desde el día en que fui a verte por primera vez.

—¿Te mandaron ellos?

—Sí, pero antes. Dime, ¿qué ves en el cuadro? ¿Por qué atrae tanto tu atención?

—Fíjate bien en la pared que hay detrás de la baronesa. ¿Qué notas en la decoración?

—Nada de particular. El papel pintado es el mismo…

—Sí, pero hay una puerta detrás de ella. ¿La ves aquí, en el salón?

Lena volvió la cabeza y lanzó una exclamación de asombro.

—¡Sólo hay dos puertas! —dijo.

—Exactamente. La que da al vestíbulo, que es de dos hojas, y la que permite el acceso a las habitaciones interiores y a la cocina. Pero la tercera puerta ha desaparecido.

—Entonces, el papel tapa la tercera puerta…

—Así es, lo cual significa que restauraron el salón no hace mucho tiempo. Pero lo que no comprendo es por qué la baronesa ha de tener tu cara.

—Oh, ellos me dijeron que yo me parecía mucho a una vieja pintura que conservaban de la baronesa. Por tanto, hice mi autorretrato.

—¿Eres pintora? —se asombró Payle.

—Bueno, puede que no se conserve memoria de mi nombre en los siglos venideros, pero por ahora me defiendo —rió Lena—. ¿Vamos a buscar la puerta?

Payle se acercó a la pared y empezó a tantear con las manos.

—Entonces, eres la autora del retrato —dijo.

—Sí. Me pagaron bien y dijeron que debía colocar como fondo el mismo que ya había en la pintura original. Había otra mujer y yo tuve que pintar nuevamente toda la figura, incluyendo mi rostro. Pero el fondo ya estaba hecho.

—Ahora lo comprendo. Se nota claramente la diferencia entre la pintura usada hace sólo unos meses y la que se usó quizá hace cien años.

—Posiblemente, no tanto tiempo. Un papel de decoración no aguanta tanto tiempo sin perder colorido, Evan.

—En todo caso, es algo que no importa demasiado. Ah, aquí está la puerta.

Payle sacó una navaja de buenas dimensiones y cortó el papel, siguiendo el marco de la puerta. Momentos después, la dejaba enteramente al descubierto. A fin de evitar que se marcasen los relieves de la madera en el empapelado, se había situado éste sobre una gran hoja de cartón, que permitía una absoluta lisura de la pared.

—¿Adónde conduce esta puerta, Evan?

—¿No te parece que debemos averiguarlo nosotros mismos? Para eso estamos aquí, creo.

—Sí, tienes razón.

Payle sacó el destornillador e hizo saltar la cerradura. Un chorro de aire frío y húmedo, le dio en el rostro. La luz del salón iluminó el arranque de una escalera que se hundía en el subsuelo.

—¿Vamos?

—Sí.

Iniciaron el descenso. La escalera era bastante empinada y, a pocos pasos de la puerta los peldaños estaban tallados en la roca viva. De pronto, oyeron un lejano rumor.

—El mar —dijo Lena.

Continuaron el descenso. Payle calculó que habrían llegado a unos veinte metros bajo el nivel del salón, cuando, de pronto, la escalera desembocó en un túnel.

Al fondo se divisaba una tenue claridad, procedente de la luz de la luna. A la

izquierda todo era oscuridad.

—Entonces, es cierto lo del túnel de los contrabandistas.

—Así parece. Pero creo que nos interesa llegar al final.

—Sí, vamos.

El túnel era apenas lo suficientemente amplio para que dos personas pudieran caminar al mismo tiempo. De pronto, desembocaron en una pequeña rotonda.

Era una especie de plazoleta circular, subterránea, de no más de ocho metros de diámetro por tres de altura.

—Sin duda, era el almacén de la mercancía que traían los contrabandistas. Pero ¿por dónde la sacaban al exterior?

Lena alzó su mano.

—Por ahí —dijo—. O por la prolongación del túnel.

Payle enfocó con su linterna el punto señalado. Sobre sus cabezas se divisaba un hueco en la bóveda rocosa, que no tenía más de un metro de anchura. Algo tapaba el hueco y, de repente, Payle creyó adivinarlo.

—¡Es el bloque que hay en el sótano de la casa! —exclamó.

—Entonces, no podremos salir por ahí —dijo Lena, desalentada.

Payle se echó a reír.

—Estás muy equivocada —dijo—. Lo malo es que no tenemos ninguna escalera a mano. A menos que quieras subirte sobre mis hombros…

—¿Por qué no? Sin embargo, antes me gustaría recorrer todo el túnel —manifestó ella.

—No necesitas hacerlo. Ese túnel acaba bajo la casa de Dumbarton.

—¿Tú crees?

—Apostaría algo bueno. Tú has estado en casa de Dumbarton, creo.

—Desde luego. La conozco muy bien.

—Sí, quizá por eso pude rescatar a Ethel Wheeler. Pero Wendy y Dorothy murieron horriblemente.

—No pude evitarlo, lo siento. Entonces yo ignoraba las cosas tan espantosas que hace ese hombre.

—Lena, ¿es cierto que Wendy y Dorothy murieron de viejas?

—Sí, y su juventud sirvió para que la baronesa pueda seguir esperando al hombre que ha de despertarla de su sueño de quinientos años.

CAPÍTULO XI

Payle miró asombrado a la joven. ¿Era posible que Lena creyese en aquella leyenda?

—No, no estoy loca —añadió ella—. Si es cierto o no, al menos Dumbarton lo cree firmemente.

—¿Has visto el cuerpo de la baronesa?

—No. Pero está en el sarcófago de piedra, sin inscripciones ni grabados, que tenemos sobre nuestras cabezas.

—Lena, eso que está sobre nosotros no es sino un bloque de poliuretano, decorado con la habilidad para que parezca granito auténtico. El bloque original fue lanzado por el acantilado hace mucho tiempo: Yo lo he visto y no se haya cubierto totalmente por las aguas.

—No comprendo —dijo la joven, asombrada—. ¿Porqué tuvieron que hacer una cosa semejante?

—Es bien sencillo: por este procedimiento, tenían un fácil acceso a la mansión, desde la casa de Dumbarton. Ciertamente, podían utilizar la puerta oculta tras el empapelado, pero no les convenía hacerlo. El subterráneo era mucho más convincente, ya que había muchos que sabían que había un bloque de granito en el centro. Un día lo sustituyeron por el poliuretano, fácil de apartar con una sola mano. Eso es todo, preciosa.

—Pero se necesita una escalera…

—Aún no hemos recorrido todo el túnel. ¿Vamos?

Lena asintió. Veinte pasos más adelante, encontraron una escalera metálica, plegable, muy ligera, tumbada en el suelo del túnel.

—Eso prueba mis teorías, ¿no?

—Es cierto —admitió la joven.

Continuaron andando. Cíen metros más adelante, encontraron una escalera, que era el final del túnel.

La escalera terminaba en un pequeño pozo, cubierto por una tapadera de recios tablones. Una escalera de peldaños sujetos a la pared rocosa permitía llegar a la trampilla.

—Los contrabandistas trabajaron bien —sonrió Payle—. ¿Conocías tú la existencia de esta salida?

—No, nunca llegué hasta aquí. ¿Piensas abrir?

Payle se agarró con las dos manos a la escalera y subió un metro. Alargó la mano. La tapa del pozo cedió fácilmente.

—¿Te atreves a seguir? —consultó.

Lena vaciló ligeramente.

—¿Por qué no? Estando tú, me siento mucho más segura.

—Es raro que digas una cosa semejante, habiéndome salvado la vida en más de

una ocasión. Hace dos noches, con el antídoto, y cuando liberé a Ethel Wheeler. Porque fuiste tú la que disparó aquellos tiros, a fin de distraer la atención de quienes nos perseguían, si no me equivoco.

—Es cierto. Bien, vamos, sube, empiezo a ponerme nerviosa.

—Será mejor que te calmes, cariño —sonrió Payle.

Terminó de levantar la trampilla y salió a la habitación superior. Luego se inclinó para ayudar a la joven a subir la escalera.

Lena se reunió con él instantes después. Payle se dio cuenta de que se hallaba en el mismo subterráneo en donde, días antes, había liberado a Ethel. Pero, de repente, oyó una voz sarcástica:

—Es un placer verles aquí. De este modo, nos han ahorrado el trabajo de transportarles hasta mi casa.

Lena lanzó un grito de susto. Payle se volvió.

Dumbarton estaba a pocos pasos de distancia, flanqueado por sus dos secuaces. Uno de ellos era Corrigan, el supuesto jefe de policía de Hannah Point. El otro era el que hablaba con Emily por la mañana, en la posada.

Tanto Corrigan como su compinche estaban armados con sendas pistolas, lo cual hizo comprender a Payle que toda resistencia era inútil.

* * *

Inmediatamente, levantó las manos.

—Nos rendimos —dijo.

Dumbarton sonrió.

—Es un gesto muy sensato —aprobó—. Señorita Swan, siento un gran placer al verla de nuevo —añadió—. Hubo un tiempo en que confié en usted, pero me traicionó de un modo harto desagradable.

—¿Llama traicionar a evitar que siga cometiendo más crímenes repugnantes? —contestó la joven con gran vehemencia.

—Bueno, eso depende sobre todo de los puntos de vista. Precisamente, ahora necesitaba una mujer joven y hermosa, ya que la señorita Wheeler tuvo la suerte de poder abandonar esta casa. Pero, puesto que está aquí, supongo que no tendrá inconveniente en sustituirla.

—Eh, ¿qué diablos pretenden hacer con ella? —exclamó Payle.

—No se preocupe, amigo mío —contestó Dumbarton con acento placentero—. Puesto que va a ser espectador de excepción o, como suele decirse, con asiento en primera fila, las explicaciones anticipadas sobran. Tiempo tendrá de ver todo lo que vamos a hacer en este lugar.

Payle volvió el rostro hacia Lena. Ella estaba muy pálida.

—No consentiré que te causen el menor daño —dijo él.

—Amigo Evan, usted no está en condiciones de prohibir o evitar nada, sino, simplemente, de presenciar el fruto de mis trabajos. Por favor, no se mueva o mis empleados se verán obligados a utilizar sus armas. ¿Walt?

Corrigan avanzó hacia el joven. El otro permaneció en el mismo sitio, sin dejar de apuntarle con el arma.

—Retroceda —ordenó Corrigan.

—De modo que jefe de policía, ¿eh? —dijo Payle sarcástico.

—Usted no se preocupó de pedir mis credenciales —sonrió el individuo, a la vez que le empujaba con la mano izquierda—. Siga caminando hacia atrás —agregó con duro acento.

Payle obedeció. Ya no le cabía la menor duda de que Sybil era cómplice de aquellos sujetos, pero ¿dónde estaba en aquellos momentos?

—Ponga las manos a la espalda —ordenó Corrigan.

El joven obedeció. Entonces, rápidamente, Corrigan ató sus muñecas con un cordel que, evidentemente, ya traía preparado, sujetando luego los dos cabos a una anilla de hierro encastrada en el muro.

—Como le dije antes, aunque esté en pie, espectador de primera fila —sonrió Dumbarton.

Payle le miró fieramente.

—Si ella muere…

—No amenace, es una tontería —dijo Dumbarton.

—Aguarde un momento. Explíqueme el significado de las cartas con las fotografías en que aparecía yo con distintas edades.

—¿No es capaz de hacer deducciones por sí mismo, sobre todo, después de haber visto a Wendy Meil? En un principio, confieso que pretendí desmoralizarle, obligarle a marcharse de Hannah Point, pero luego, cuando vi que insistía en sus propósitos… Bien, lo que anunciaban las fotografías se hará realidad.

—No irá a decir que piensa tenerme encadenado aquí hasta que muera de viejo, ¿verdad?

Dumbarton sonrió de un modo extraño.

—Ya lo sabrá —dijo—. Walt, Rory, ahora le toca el tumo a ella.

Los dos sujetos se arrojaron sobre Lena. La joven forcejeó desesperadamente, pero no pudo evitar que la situasen sobre la mesa, a la cual quedó sujeta por las abrazaderas de metal.

—Lena, usted va a sustituir a Ethel Wheeler —anunció Dumbarton—. ¿No se imagina cuál va a ser su papel?

Payle vio que el rostro de la joven estaba blanco como la nieve.

—Cometí un error el día en que acepté venir aquí para retocar el cuadro —dijo.

—Sí, indudablemente, porque, aunque en un principio aceptó tomar parte en el juego, luego se arrepintió y luchó contra nosotros. Pero, en medio de todo, es afortunada, porque si no hubiese liberado a Ethel, ahora estaría muerta. Un simple

disparo y todo habría terminado.

—A pesar de lo que dice, no voy a vivir mucho tiempo.

—¿Quién sabe? Hay posibilidades —rió Dumbarton.

De pronto, fue a una de las mesas situadas junto a la pared y cogió algo afilado. Payle sintió que se le cortaba la respiración, al ver el bisturí en manos de aquel sujeto.

Pero, contra lo que temía, Dumbarton no usó el bisturí para clavarlo en el cuerpo de Lena, sino que lo empleó para rasgar sus ropas Momentos después, Lena quedaba completamente desnuda.

—Un cuerpo de belleza excepcional —elogió Dumbarton—. Incluso más hermoso que el de sus predecesoras. —Se volvió hacia el joven—. Usted, señor Payle, podrá confirmar sin duda mi aserto… por la propia experiencia, ¿no es así?

Lena tenía los ojos cerrados, a causa de la vergüenza que sentía al verse contemplada sin la menor prenda de ropa. Payle apretó los labios.

—Se lo haré pagar caro —prometió.

Dumbarton volvió a reír. Luego, de pronto, empezó a trabajar.

Momentos después, había varios tubos transparentes que habían salido de distintos alvéolos del suelo, como delgadas mangueras de riego. Aterrado, Payle pudo apreciar que aquellos tubos estaban terminados en sendas agujas, que fueron clavadas en distintos puntos de la anatomía de Lena y sujetos a la piel por tiras de cinta adhesiva.

—Dumbarton —llamó de pronto.

El hombre se volvió.

—¿Sí?

—¿Por qué envió a Lena la primera vez? —preguntó.

—¡Oh, es bien sencillo! Wendy Meil no paraba de hablar de usted. Decía que era gran amigo suyo y un magnifico investigador… Wendy aseguraba que usted la vengaría… y cuando logró escapar de aquí, yo la imaginé en seguida adónde se dirigiría. Naturalmente, no le conté todo a la señorita Swan, pero sí la convencí de que debía darle cierta droga para que olvidase a Wendy.

—Luego me enteré de todo y decidí que no podía seguir un minuto más con ellos. A mí sólo me habían contratado como pintora —dijo la propia Lena—. Sin embargo, sospecho que la segunda vez no supe emplear bien la droga. Entonces, ya quería que vinieses a ayudarme.

—En eso estás equivocada, porque la primera noche que pasé en la posada, yo me levanté y busqué esta casa, sin que nadie me lo ordenase. Luego pensé que había sido una pesadilla, algo así como una acción en estado de sonambulismo…

—Es una chica muy astuta —sonrió Dumbarton—. La tercera vez que fue a verle a la posada, consiguió que usted liberase a Ethel. Nos sorprendió verdaderamente, todo hay que decirlo, aunque confiábamos que tarde o temprano acabaría por cometer un error, lo cual ya ha sucedido.

—Dorothy Pelham consiguió escapar. Holliman y yo la vimos…

—En aquella ocasión, el error fue de mis ayudantes. Pero lo rectificamos rápidamente…

—Sí, lanzando su cadáver al mar. ¿Qué me dice de Holliman?

Dumbarton suspiró con fingido pesar.

—Como se dice vulgarmente, intentó meter las narices donde no debía —respondió.

—¿También han arrojado su cuerpo por los acantilados?

—No, sería demasiado peligroso. Está enterrado en… bueno, eso no importa ahora.

Payle miró a los dos esbirros.

—Se han cometido asesinatos. Tendrán que pagarlo —dijo.

Corrigan se encogió de hombros.

—Mejor nos pagan aquí —contestó, cínicamente.

El otro no dijo nada. De pronto, Dumbarton se dirigió a una de las paredes del subterráneo, que estaba completamente despejada, y tocó un resorte.

La pared se replegó en sectores, como si fuese un enorme biombo. Payle se dio cuenta de que la piedra era algo ficticio, pero no reparó demasiado en ello, absorto en el espectáculo que ofrecía a su vista.

Debajo de la falsa pared de piedra había un muro de cristal absolutamente transparente, al otro lado del cual se veía una habitación con otra cama idéntica a la que ocupaba Lena. Además, había una especie de consola de mandos y algunos aparatos de control, todo ello en metales brillantes, con el aspecto de ser una estancia completamente aséptica.

Dumbarton dejó escapar una exclamación de ira.

—¿Dónde está ella? —preguntó.

—No lo sé —respondió Corrigan—. Yo ignoraba…

—La cité para esta hora. Vamos, pronto, vayan a buscarla.

Los dos hombres desaparecieron por la escalera que conducía al piso superior. Dumbarton se quitó la chaqueta y empezó a ponerse una bata blanca.

—Doctor —llamó Payle.

Dumbarton se volvió.

—Diga —contestó secamente.

—De modo que es médico…

—Bien, admitámoslo. También poseo otros conocimientos científicos.

—¿Por ejemplo…?

—Los que se necesitan para hacer un trasplante… de vitalidad, de juventud, para que lo comprenda —explicó Dumbarton tajantemente.

CAPÍTULO XII

Payle sintió que un helado escalofrío recorría su espalda.

—Es decir, la vitalidad y la juventud de Lena pasarán a otra persona —murmuró.

—Sí.

—Exactamente.

—¡Doctor! ¿Cómo puede creer en semejante leyenda? ¡Eso es absurdo, no hay persona que pueda vivir quinientos años!

—Señor Payle, yo hallé el cuerpo de Carolina Horpathy, maravillosamente conservado, a pesar de los años. Conocía la leyenda de esta mansión y logré hallar ese cuerpo, que hice revivir, mediante la fórmula que había en su sarcófago. ¿Sabía usted que la baronesa se hallaba en el interior del bloque de granito?

—Si lo que dice es cierto, no me extraña en absoluto. Pero ¿por qué intentar volverla a la vida?

—Había varias razones. Una, el interés meramente científico. ¿No le parece que era maravilloso hablar con una persona que había muerto cinco siglos antes? Después… bien, era toda una belleza y, aparte de eso, en alguna parte de la casa, hay un tesoro que escondió su antepasado, el barón que trajo el cuerpo desde Europa, con objeto de que Carolina pudiera estar a salvo de dificultades económicas cuando despertase. Un día encontraré el tesoro, porque, desgraciadamente, ella ignora dónde está.

—Resulta curioso —dijo Payle—. ¿Por qué no la despertó el barón?

—Debía obedecer el dictado de su antepasado. Carolina dispuso que se la despertase pasados quinientos años de su supuesta muerte.

—Sí, claro, y debía llegar un príncipe azul que la despertaría de su sueño, con un simple beso. ¿Es usted ese príncipe?

—Bien, tengo ya medio siglo, pero todavía estoy de buen ver. Y ella, no lo olvide, amigo mío, depende de mí Ya que quiso despertar al cumplirse los quinientos años, tiene que aceptar ciertas condiciones para mantener su aspecto juvenil.

—Doctor, yo diría que usted no inició los trabajos, hasta que hubo montado este laboratorio, ¿verdad?

—En efecto. Cuando la encontré, tuve que dejar pasar bastante tiempo, hasta que todo estuvo preparado. Luego despertó…

De repente. Dumbarton tocó un resorte. Parte de la pared de cristal se descorrió en silencio. Pasó al otro lado y cerró.

—¡Doctor! —gritó Payle.

Dumbarton estaba vuelto de espaldas a él y no cambió de postura. Payle sonrió.

—Lena, no temas. Le he llamado a propósito, pero ahora ya sé que no puede escucharnos. Voy a ver si te desato.

Ella le miró suplicantemente.

—Evan, no quisiera acabar como Wendy…

—Cariño, hay momentos en que uno debe alegrarse de la clásica impuntualidad de las mujeres hermosas —sonrió él—. ¿Te duelen las agujas que tienes clavadas en la carne?

—Ya se ha pasado, aunque molestan un poco.

—Ten paciencia, te lo ruego.

—Paciencia —insistió él a media voz—. Lena, ¿por qué aceptaste tomar parte en esta conspiración?

—Dumbarton no me lo explicó todo, como es natural. Lo único que dijo era que no quería que sus experimentos fuesen interrumpidos. También me dijo que estaba tratando a Wendy de los achaques de su edad… Tardé mucho en saber que había sido una mujer joven y atractiva.

—La segunda vez que fuiste a mi casa, me preguntaste si la recordaba.

—Tengo la impresión de que me pasé en la dosis de la droga. Entonces ya quería que investigaras.

—Me enviaste a investigar sobre Hooker…

—Dumbarton me dio el dinero. Era una forma de mantenerte apartado del asunto.

—Y luego te llevaste el grabado.

—Siempre me gustó, Evan.

—Podías haberlo tenido sin necesidad de gastarte cinco mil dólares.

—Tú no lo querías vender, recuérdalo.

—Lo hubiéramos compartido…

Payle calló de repente.

—Lena, ahí está ella —susurró.

* * *

Sybil apareció en el subterráneo, seguida de los dos esbirros, a quienes despidió con un gesto de la mano. Corrigan y el otro desaparecieron en dirección al piso superior.

Lentamente, se acercó a la mesa y contempló a Lena. Luego fijó los ojos en Payle.

—Es muy hermosa —sonrió.

—Tú quieres su juventud, Carolina.

—Sí. ¿Sabes ya la verdad?

—Dumbarton me ha contado algo. Cuando la operación haya terminado, ¿volverás de nuevo a fingir tu papel de conservadora de la mansión?

—Es el mejor medio de seguir viviendo, sin despertar sospechas.

—No —contradijo Payle—. Lo que sucede es que no te atreves a alejarte de aquí. Temes que te ocurra cualquier cosa y que Dumbarton no esté a tu lado para mantener este aspecto maravilloso que ahora tienes. Pero ¿qué pasará el día en que él envejezca

y muera? Hace quinientos años, en tu país, un alquimista encontró la fórmula que te permitiría vivir indefinidamente. Es muy probable que luego lo hicieses matar, para que no divulgase el secreto…, pero no puedes hacer lo mismo con Dumbarton, quien procura que conserves tu apariencia. ¿Y cuando él muera?

—Estoy aprendiendo. Un día enseñaré a otro y ocupará su lugar —contestó ella fríamente.

—Carolina, si necesitas mujeres jóvenes y hermosas, llegará un día en que todo se descubra. La misma señora Cranshaw puede delatarte…

—Esa estúpida —dijo ella despectivamente—. Su único interés estriba en el dinero. Además, no sabe la verdad. Sigue creyendo que soy Sybil Leather.

—Pero llevas poco tiempo en Hannah Point.

—Sybil murió y yo ocupé su puesto, no sin que antes Dumbarton, también excelente cirujano, hubiese modificado mis facciones. Todos creen que soy ella y, ¿quién puede desengañarles?

—¿Recibiste la juventud de Sybil?

—Sí. Ella fue la primera y la operación resultó un éxito total, como lo será ahora. Dumbarton tiene ya sobrada práctica… y yo aprendo más cada día. —Bajó la voz—. Llegará la ocasión en que no lo necesite y encontraré un hombre joven y apuesto Lástima, tú podías haberlo sido…

—Sabías que no accedería, Carolina.

Ella se encogió de hombros. «¿Estoy hablando realmente con una mujer que tiene quinientos años?», se preguntó Payle.

De pronto, Dumbarton descorrió la mampara de cristal.

—Carolina —llamó.

—Adiós —dijo ella, a la vez que empezaba a quitarse el vestido.

—¡Carolina! —Exclamó Payle—. Apuesto a que has enviado arriba a los ayudantes. No quieres que vean tu cuerpo, ¿verdad?

Carolina sonrió enigmáticamente. Luego, sin añadir una sola palabra, entró en la otra habitación y continuó despojándose de sus ropas.

La mampara se corrió de nuevo. Payle dirigió una mirada a Lena.

—Tranquila —susurró.

Los nudos empezaban ya a ceder. Miró hacia la puerta del subterráneo y la vio cerrada. El peligro estribaba en los dos sicarios, ambos armados con sendas pistolas. Se habían cometido varias muertes y sabían que estaban muy comprometidos.

—Un poco más —murmuró, mientras fijaba la vista en la otra estancia.

Carolina, ya sin ropa, se había tendido en la mesa y Dumbarton estaba fijando a su cuerpo las agujas conectadas a los tubos de goma que, calculó, debían de corresponder exactamente a los de Lena. ¿Cómo trasvasaban la vitalidad y la juventud de un cuerpo a otro? ¿Alguna fórmula diabólica? ¿Una vieja receta, elaborada por un alquimista medieval y actualizada por Dumbarton?

De pronto, Dumbarton dio media vuelta a una llave. Varias lámparas se

encendieron de golpe. Una o dos quedaron oscilantes. Payle vio unas diminutas burbujas que parecían salir del cuerpo de Lena y que viajaban con gran lentitud a través de los tubos de goma transparentes.

En el mismo momento, consiguió soltarse. Dio un salto hacia adelante y empezó a quitar las agujas clavadas en el cuerpo de Lena. Ella lanzó un gemido de alegría.

Dumbarton, inclinado sobre la consola de control, no se había dado todavía cuenta de nada. Pero en el momento en que Payle desclavaba la última aguja, pareció presentir algo y se volvió.

Un aullido de cólera brotó de su garganta. Carolina, tendida sobre la cama, gritó también.

Enloquecido por la furia, Dumbarton se precipitó hacia un pequeño armario y sacó un revólver. Payle agarró un sillón y lo arrojó hacia adelante con todas sus fuerzas.

La cristalera se rompió con enorme estrépito. Los vidrios volaron por todas partes. Payle oyó un inhumano gorgoteo.

Dumbarton se tambaleaba como un beodo, con ambas manos en la garganta Payle vio una astilla de vidrio que se había clavado en la carne, como un puñal.

Carolina se irguió y le miró con ojos llameantes de odio. Payle oyó ruido en la entrada del subterráneo y corrió hacia la escalera.

—¡Doctor! —Gritó Corrigan—. ¿Qué es lo que sucede?

Payle dejó que el sujeto entrase en el sótano. Cuando pasaba por su lado, le golpeó en la muñeca. La pistola saltó por los aires.

Corrigan se tambaleó. Payle alzó el pie derecho y le golpeó en la entrepierna, derribándole por tierra. Luego se precipitó sobre la pistola. Cuando ya tocaba el arma con los dedos, oyó la voz del otro esbirro:

—Deje el arma.

—Ahora va a disparar contra mí —dijo.

El hombre lanzó una mirada hacia la otra estancia, irresoluto, al parecer. Payle esperó en cualquier momento oír la voz de Carolina, ordenando al sicario que apretase el gatillo.

Pero Carolina no dijo nada. Payle vio una rara expresión en la cara del hombre que le apuntaba con el arma. De pronto, oyó un ruido como de cañas quebradas.

Giró en redondo. Un escalofrío de horror recorrió su cuerpo.

Delante de él, Carolina, con increíble rapidez, se convertía en una vieja de rostro arrugado y repulsivo. Los labios de la mujer se movían para hablar, pero los sonidos que brotaban no tenían nada de inteligibles.

El otro esbirro, espantado, dio media vuelta y huyó a la carrera. Payle quedó en el mismo sitio, contemplando con ojos morbosamente fascinados la horrenda transformación que se operaba en Carolina Horpathy.

De pronto, Carolina cayó de espaldas. Su cabello blanqueaba ya. A los pocos segundos, empezó a desprenderse en grandes mechones.

Las mejillas se descarnaron y la piel se desprendió en grandes trozos que parecían pergamino seco.

—Evan, ¿qué sucede? —llamó Lena, todavía sujeta a la mesa.

El joven reaccionó. Carolina había dejado ya de moverse. Su bello cuerpo no era ya sino un conjunto de trozos de piel apergaminada, grisácea, y huesos que blanqueaban tétricamente.

Las ropas de Lena estaban completamente destrozadas. Sin decir nada, Payle tomó el vestido que Carolina había dejado en el suelo, soltó a la joven y se lo entregó.

—Ya buscaremos luego más ropas —dijo.

Lena se puso en pie y buscó sus zapatillas.

—Será mejor qué nos vayamos de aquí —propuso él, mientras pasaba un brazo por los hombros de la joven.

Corrigan empezaba a moverse. Payle se despreocupó momentáneamente de él. Lena le interesaba mucho más.

Cuando llegaba al arranque de la escalera. Payle volvió la cabeza.

Carolina ya no era más que un montón de polvo gris.

—Vivir quinientos años, ¿para qué? —murmuró.

* * *

Payle entró en casa y aspiró cierto perfume que llegaba de la cocina.

—Voy a prohibir a Tom que deje la llave a nadie —gritó.

Lena asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

—Esa llave es mía ya para siempre —contestó alegremente—. Es decir, si no tienes inconveniente.

—En vista del olor de tus guisos, permito que te quedes la llave.

—¡Ah, sólo te importan mis guisos…!

—Siempre que no le pongas alguna droga hipnótica —dijo.

—Ahora ya no necesito drogas, me parece.

—Ninguna, en efecto. Ah, tengo noticias para ti.

—¿Sí?

—Corrigan y el otro han hablado, así como Emily. Naturalmente, culpan a Dumbarton, pero ¿cómo podían decir otra cosa? Se han encontrado los cuerpos de Holliman y de la auténtica Sybil Leather. También ha aparecido el cadáver de Dorothy Pelham, ésta convertida en una vieja de casi noventa años. Nadie se explica ese misterio.

—Nosotros no lo vamos a explicar; no lo creerían, ¿verdad?

—Exactamente. Si dijésemos que hemos conocido a una mujer que nació hace quinientos años, nos tomarían por locos.

—¿Era cierto que Carolina necesitaba la vitalidad y la juventud de otras mujeres?

—murmuró.

—Querida, se habla mucho y con cierto desdén de los alquimistas medievales, pero no cabe la menor duda de que algunos de ellos eran auténticos genios. Quizá uno encontró la fórmula de prolongar la vida de Carolina, pero en estado de suspensión animada… con la condición de que luego fuese renovando sus energías vitales, cosa que realizaba Dumbarton. Pero, a pesar de todo, esto no podía durar mucho. Quinientos años… son muchos años.

—Sí, es cierto. Evan, ¿qué me dices del tesoro de la casa de Cliffy's Cape?

—Otros se preocuparán de buscarlo —respondió—. Lo que no acababa de comprender era por qué en los primeros momentos no se identificó a Wendy por las huellas dactilares. El sargento Mac Adams me dijo que las yemas de sus dedos estaban horriblemente arrugadas. La piel se desprendió poco después y quedó una segunda piel, con sus huellas originarias.

—Dumbarton no podía haberle puesto unas huellas artificiales, claro, porque no sabía que se le iba a escapar ni tampoco lo hubiera permitido. —Lena suspiró—. Evan, creo que ya no necesitaré esconderme para venir a verte.

—Ya no hace falta, en efecto —sonrió él—. Dime, ¿por qué pintaste tu rostro en el cuadro…?

—Dumbarton dijo que mis facciones eran muy parecidas a las de la baronesa Carolina. ¿No te confundiste tú en una ocasión con Sybil?

—Sí, es cierto, pero la confusión se ha acabado ya.

Miró a la joven y sonrió, a la vez que la abrazaba fuertemente.

—Ciertamente, no viviremos quinientos años, pero los que vivamos juntos estarán llenos de felicidad —vaticinó.

FIN

LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.